

Otto Brunner, en español, y los estudios clásicos (y II)

VÍCTOR ALONSO TRONCOSO
Universidad Autónoma de Madrid

2. **Adeliges Landleben und europäischer Geist**

Land und Herrschaft valió a Brunner la cátedra de historia medieval en la universidad de Viena, de la que tomó posesión en 1941. En 1945, recién acabada la guerra mundial, fue apartado de ese puesto y de la dirección del «Institut für Österreichische Geschichtsforschung», represaliado por su presumible adscripción al partido nacionalsocialista y su vuelta a filas entre 1942 y 1944. Toda una apuesta política la suya, aunque no muy distinta de la de tantos otros compatriotas e intelectuales del momento...¹. También a él le llegaría en los años siguientes la penitencia: hubo de ganarse la vida revalidando su condición de profesional en toda regla y trabajando como investigador de archivo en un proyecto sin relumbrón financiado por la Academia Soviética (relaciones entre Austria y Rusia, y movimientos revolucionarios europeos en el siglo XIX). Por fin, en 1954 sería llamado por la universidad de Hamburgo para suceder a Hermann Aubin en la cátedra de historia medieval y moderna. En ella se mantendría hasta su jubilación en 1968, a la que siguió el nombramiento como profesor emérito, una distinción que ya había estado precedida en el año académico 1959/60 por la elección como rector, sin duda en reconocimiento a su trayectoria científica².

¹ Fundamental para nosotros, V. Losemann, *Nationalsozialismus und Antike*, Hamburg 1977, *passim*, así como L. Canfora, *Ideología de los estudios clásicos*, tr. it. M. M. Llinares, Madrid 1991, p. 119 s. Aunque mitigada, opera en el Brunner de *LH*, el de los años treinta, una cierta idealización del pasado germánico ancestral: «Allerdings seien die Germanen ein Volk von Kinderunschuld und paradisischer Sittenreinheit gewesen» (p. 27, n. 5). Pureza de costumbres no es pureza de raza, pero... (cfr. Canfora, *ibid.*, pp. 164 s.).

² Para un encuadre político y generacional de la obra de Brunner, cfr. P. Schiera, *Terra e Potere*, Milano, 1983, xii-xv, con bibliografía; *id.*, «Otto Brunner, uno storico della crisi», *Annali*

A esta segunda época de su vida corresponde la otra gran obra del autor, *Adeliges Landleben und Europäischer Geist. Leben und Werk Wolf Helmhards von Hohberg, 1612-1688*, aparecida justo una década después de *Land und Herrschaft*, en Salzburgo, 1949 (*Vita nobiliare e cultura europea*, Bologna 1972). Si *Land und Herrschaft* tiene para el historiador de Grecia y Roma un interés indirecto, fundamentalmente metodológico, ya que no es un libro que parta y trate del mundo grecorromano -aunque sí de los pueblos germánicos-, esta biografía de un noble austriaco se quiere construida sobre los cimientos sociológicos y espirituales de la antigüedad clásica, sobre una elevadísima valoración de su tradición y legado en la formación del *ethos* nobiliar de occidente. Por consiguiente, el lector no deberá ser advertido de antemano sobre las posibles aplicaciones de esta investigación al campo de los estudios clásicos. Tal proyección está explícita en la obra y representa una parte esencial de su argumento. Veámoslo.

Conviene advertir que se trata de una biografía muy especial. El barón von Hohberg, natural de la baja Austria, es un noble de segunda fila afinado en el campo (en sus dominios hereditarios de Süssenbach y Obert-humeritz) y al mismo tiempo un polígrafo voluntarioso que no ha dejado una huella importante en la literatura del barroco alemán. Pese a su falta de atractivo literario y de relumbrón en la escena política y militar de su tiempo, lo que había hecho de él una figura poco digna de estudio, su vida presenta esa clase de áurea mediocridad que tan reveladora puede resultar desde un punto de vista sociológico y cultural. Brunner lo ha entendido así y ha tomado al personaje como pretexto para tipificar un modo de ser y entender las cosas, un estilo de vida. En primer análisis, el de la media y baja nobleza rural austriaca, pero por extensión, también el de todo un viejo mundo nobiliar europeo en extinción al doblar la segunda mitad del siglo xvii.

Nacido en el seno de una familia protestante de rancio abolengo y mediano patrimonio, sin mayores posibilidades ni ganas de medrar en la carrera militar o funcionarial, Wolf Helnhard deja las armas ya en 1641 y llena sus años de retiro en la aldea como administrador de su hacienda (*cura domestica*) y cultor de poesía aristocrática (*Musarum amor*). Sólo que su posición no es la de un hacendado plebeyo más o menos acomodado que dirige con amor el trabajo de sus tierras. Antes ya de contraer matrimonio, ostenta el señorío de aldea sobre Süssenbach y Oberthumeritz, en la ribera del Thaya, lo que le otorga la titularidad de jurisdicción no sólo sobre sus propios fundos y colonos, sino también sobre las suso-

dell'Istituto italo-germanico in Trento, 13 (1987), 28-29; O. G. Oexle, «Sozialgeschichte, Begriffsgeschichte, Wissenschaftsgeschichte. Anmerkungen zum Werk Otto Brunners», *Viertelj. f. Soz. u. Wirtschaftsg.* 71 (1984), 317 s.; J. A. Pardos, *op. cit.*, 145. Y una semblanza del hombre por A. Wandruszka, «Otto Brunner, Forscher und Lehrer», en *Annali dell'Istituto italo-germanico in Trento* 13 (1987), 11 s.

dichas comunidades, con jugosos privilegios económicos. Más tarde, en 1659, logrará ascender al rango de barón austriaco y, merced a un ventajoso enlace matrimonial, ocupar los ricos señoríos de Rohrbach y Klingenberg. Sin embargo, la fortuna iba a volverle la cara a mediados de los sesenta. Las secuelas de la paz de Westfalia y el triunfo de la contrarreforma en su patria harían cada vez más difícil la existencia a la nobleza no católica. Sin abjurar de su fe, aunque leal siempre al emperador y a la casa de Austria, Hohberg optaría finalmente por vender sus bienes y fijar su residencia en Ratisbona, ciudad en la que consumiría sus últimos años consagrado a escribir.

Precisamente a este último periodo de su vida corresponde la redacción de una obra que ha servido a Brunner de documento básico para comprender y reconstruir la personalidad del biografiado. Me refiero a sus *Georgica curiosa oder Adeliges Land- und Feldleben* (1682 y 1687), que lleva un título de inequívocas resonancias virgilianas. Con ella alcanza lo que en alemán se llama la *Hausvaterliteratur* su punto culminante, tras una larga historia como género literario que remonta a los griegos³.

Su asunto es la *oikonomía*, con el viejo sentido de conjunto de saberes necesarios para el recto gobierno de la casa que esta palabra tenía antes de François Quesnay (*Tableau économique*, 1758) y Adam Smith (*The Wealth of Nations*, 1776), los fundadores de la moderna ciencia económica. Los iniciadores de este tipo de literatura, convenientemente representados en las bibliotecas de la nobleza austriaca coetánea, hay que ir a buscarlos a la antigüedad clásica: son los Hesíodo (*Erga*), Jenofonte (*Oikonomikós*), Pseudo-Aristóteles (*Oikonomiká*), y parcialmente también Aristóteles (el libro I de la *Política*, y diversos pasajes de la *Ética a Nicómaco*), etc.

Exigían las convenciones del género que se abordasen en estos escritos todas las cuestiones atinentes a la administración de la casa, entendida ésta como unidad total de funcionamiento, como familia y empresa a la vez. *Nulla enim professio amplior quam oeconomia, quae fundamentum et origo omnium statuum*, empezaría por declarar Hohberg en el prólogo, y de los tórculos de Nuremberga saldría en efecto un tratado en doce libros instruyendo al *Hausvater* -el término alemán traduce a la lengua de Lutero el *oikodespotes* neotestamentario y el *pater familias* de la Vúlgata y el derecho romano-, en los más variados capítulos de la vida nobiliar campesina: configuración material y jurídica del fundo, instalaciones agrarias, fortificación y defensa (*domus sua pro munitione habetur*, reza el viejo dicho), responsabilidades y ética del jefe de familia (con la esposa, los hijos y la servidumbre), atribuciones de la madre, crianza y educación de los hijos, cocina y

³ Tendré aquí también presente el artículo de Brunner, «Das "ganze Haus" und die alteuropäische "Ökonomik"», por cierto que conocido de M. I. Finley, *La economía de la antigüedad*, México, 1974, 18, con atinadas observaciones sobre la «literatura del padre de la casa». Vid. asimismo E. Salin, *Historia de las doctrinas económicas*, FCE, 2.ª ed., México, 1955, 383.

despensa, labranza y calendario agrícola, viticultura y fruticultura, jardinería, avicultura, ganadería, apicultura, hipología, herbolaria, farmacopea y medicina, hidrología, cinegética, bosques y pastizales, piscicultura, veterinaria y zoología...

Como era de esperar, en cambio, todo lo concerniente al comercio (transporte, ventas, precios y beneficios de la producción agrícola), esto es, lo que había sido tema aristotélico de la crematística y se convertiría pronto en el objeto de estudio específico de la economía política (el mercado y la circulación económica como esfera autónoma de funcionamiento), aparece aludido en el tratado del austriaco como algo marginal y periférico al mundo de la hacienda nobiliar⁴.

Se echa de ver aquí que la *oikonomía* antigua y veteroeuropea agrupa de manera integral una suma de técnicas y saberes que a partir de la ilustración se desintegran en ciencias autónomas: ética, pedagogía, medicina, ingeniería agrícola, veterinaria, economía política, sociología, etc. Como se resquebrajará al mismo tiempo la unidad socioprofesional y jurídicopolítica que representaba la hacienda campesina entendida a la antigua usanza, empresa y familia a la vez (que como residuo ha dejado entre nosotros, por ej., la expresión «marca de la casa» o sencillamente «la casa» en términos comerciales). De ahí la fuerza que ha tenido siempre en castellano la palabra casa para referir el propio ámbito de pertenencia, con preferencia a la voz familia (la criada de la casa, el señor de la casa, etc.); de ahí también que en el habla coloquial alemana la palabra *Familie*, con ese timbre cálido y afectivo tan característico que la opone al frío mundo exterior de la economía pura, no se imponga hasta el siglo XVIII, siendo antes *Haus* el término en uso. Individuo y mercado libre de trabajo, sociedad civil y familia nuclear, Estado y persona, calor de hogar y escuela pública, capital y trabajo: he ahí las escisiones de la moderna sociedad industrial.

La confusión originaria de las citadas ciencias venía dada por la existencia de una estructura radical y unitaria, persistente desde la aparición de la agricultura de arado y desde el enseñoreamiento de la tierra por la nobleza ecuestre, a saber, la casa campesina patriarcal y autoritaria, latoparental, con vocación autárquica, ajena en principio al circuito mercantil de la ciudad. En ella la figura del jefe no se agota en su dimensión «sentimen-

⁴ «Die alte Ökonomik ist keine Lehre vom Markt, sondern eine Lehre vom Hause. Es ist der Gesamtkomplex der im Hause vorhandenen zwischenmenschlichen Beziehungen, Verrichtungen, Tätigkeiten, den sie erfassen will, während in den neueren Sozialwissenschaften die einzelnen Elemente analysiert und in Zusammenhänge eingeordnet werden, in denen das Gebilde Haus als Ganzes nicht mehr sichtbar wird... —el «Trennungdenken» o pensamiento analítico del que hablaba en *Land und Herrschaft*—. Es ist letztlich eine bäuerliche Denkweise, die uns in der alten Ökonomik entgegentritt, und sie entspricht einer Sozialstruktur, in der der weitaus grösste Teil der Bevölkerung, 90 vom Hundert oder mehr, in der Einheit der bäuerlichen Haus- und Landwirtschaft lebten». *Adeliges Landleben und Europäischer Geist. Leben und Werk Wolf Helmhards von Hohberg, 1612-1688*, Salzburg, 1949 (*Vita nobiliare e cultura europea*, Bologna, 1972), en adelante *AL*, 245.

tal» (burguesa) de padre, esposo, hermano, abuelo o suegro, sino que también añade a ésta la condición de señor (juez), así como la de empresario que da trabajo y dirige las labores agrícolas, y aun la de caudillo militar en caso de ataques de fuerzas extranjeras, acciones de bandidaje o desencadenamiento de la *Fehde*, sin olvidar aquí el patronato que eventualmente pueda ejercer sobre el culto divino, sin olvidar tampoco sus cometidos de formación técnica o profesional (el labrador hesiódico que atesora un saber agronómico y lo transmite al hijo, el Iscómaco jenofonteo que enseña a su joven cónyuge las tareas del hogar, el pequeño Hohberg instruido primero por su madre y luego por un pariente cercano). Todo un *modus vivendi* que Brunner se complace en describir siguiendo el surco profundo que ha dejado en la historia occidental y que penetra aún en el siglo xx, donde tantas son las pervivencias rastreables en la mentalidad económica del hombre del campo.

En ese mundo rural la diferencia de la hacienda nobiliar con la mediana y la gran propiedad plebeya no es, después de todo, tan esencial. A cualquier *Hausvater* caben parecidas atribuciones en el ámbito de su hogar, como el antiguo derecho germánico viene a demostrar al consagrar el principio de la paz y franquía domésticas, supuesto el hecho de que haya un patrimonio en tierras, hombres y animales que respalde el poder de su titular. No es difícil redescubrir en todo ello el hilo argumental de *Land und Herrschaft*, con el enorme peso que en la constitución territorial adquiriría la casa en tanto que instancia autógena y soberana, conferidora de status político a su señor y pieza clave en el sistema de la autoprotección.

Que Hohberg era perfectamente consciente de moverse en la gran estela de la tradición grecolatina lo prueba, entre otros muchos datos de su producción poética, la evocación prologal en *Georgica curiosa* del banquete de los siete sabios inmortalizado por Plutarco (*Moralia*, 154F-155D), en que cada uno de los convidados va dando su respuesta a la pregunta que se les formula sobre el modo más feliz de administración doméstica. Claro que para Brunner citas como ésta no son prueba simplemente de que la *Hausvaterliteratur* acusa el conocido fenómeno de recepción e influencia de los clásicos en el pensamiento y la cultura europeos del renacimiento y barroco. Se trata de algo más que mera recepción, y ello es importante para nosotros. Tesis fundamental de esta biografía, y a su vez tema recurrente de toda la historiografía brunneriana, es la idea de que hasta la gran ruptura del siglo xviii la Europa medieval y moderna conoce unas formas de sociedad y pensamiento básicamente homogéneas, y que esa coherencia interna, nuclear, responde a la predominancia sociopolítica de un *ethos* nobiliar de impronta rural y encaje en la casa como entidad orgánica total («*das ganze Haus*»). Ese estilo de vida tiñe todo el espíritu de la vieja Europa, su literatura y su pensamiento. Y la matriz cultural en que se gesta no es sino el de la antigüedad clásica.

Se postula, así pues, la existencia de una subestructura fundante y perdurable, cuyo estudio nos obliga a romper los límites de nuestra especialidad, nos convoca a todos los historiadores a la tarea de definir lo europeo, las líneas maestras y singularizadoras de la civilización occidental. Una visión panorámica y comprensiva que, por sus presupuestos generacionales, académicos y epistemológicos, nos remite claramente a la universidad alemana del primer tercio del siglo xx. En todo caso esta pretensión indagatoria explica el nombre de *Strukturgeschichte* con el cual el historiador vienés, tomándolo de su colega heidelbergense Werner Conze, ha llegado a bautizar su quehacer historiográfico. Historia de estructuras, o si se prefiere, de formas sociopolíticas y socioculturales básicas, como lo había pretendido ser *Land und Herrschaft*, pero también historia de momentos de formación y de crisis, en suma de cuentas, y con mejores títulos que otras, historia global ⁵.

La búsqueda en este caso del tiempo inaugural nos conduce a la antigua Grecia, más en concreto, a su filosofía política y moral. Es ésta la que proporciona las categorías en que se piensa la *oeconomia* veteroeuropea y el estilo de vida nobiliar asociado a ella. Si hay algo que destaca en la *oikonomia* de los helenos, ello es el elemento dominical, el carácter autoritario del dueño de la casa, ora actúe como amo (*despotes*), ora como marido (*posis*), ora como padre (*pater*) ⁶. Su superior capacidad de mando constituye la piedra angular de todo el *oikos*, según declaran taxativamente Aristóteles (*Pol.*, 1255b, 19) y Jenofonte (*Oec.*, XXI, 2s), más tarde también Johann Coler (*Oeconomia ruralis et domestica*, 1593) o el mismo Hohberg (*Georgica curiosa*, I, 229). Ha de señalarse, para ser exactos, que esa primacía no es entendida por la doctrina tradicional como mera fuerza y poder, sino como acreditación de aquellas virtudes necesarias para regir a los demás en el seno de la casa: a la mujer, a los hijos, a los esclavos. Es una cuestión de diferencia de naturaleza (de *physis*), y sólo el varón y ciudadano reúne en la suya las cualidades exigidas, que ya desde Platón y Aristóteles coinciden con las que después se denominarán virtudes cardinales en la moral cristiana. Por eso ha de comprenderse que la *oikonomia* es también, desde su primera formulación por los griegos, saber y enseñanza de la virtud.

⁵ Vid. P. Schiera, *Introduzione*, XXI s., a la trad. ital. de *Neue Wege der Verfassungs und Sozialgeschichte*. 2.ª ed. ampliada, Göttingen, 1968 (*Per una nuova storia costituzionale e sociale*, Milano, 1970), en adelante *NW*.

⁶ Arist., *Pol.*, 1253b, 5 s.; 1259a, 37-39. Sobre el sustrato indoeuropeo, ideológico e institucional, de la figura del padre, cfr. J. Trier, *Vater. Versuch einer Etymologie*, ZRG (gA) 65 (1947), 232 s., a lo que por mi parte añado la lectura de E. Benveniste, *Vocabulario de las instituciones indoeuropeas* (1969), tr. fr. M. Armiño, Madrid, 1983, 138 s. A partir de ahora me esforzaré por citar los pasajes exactos que no siempre Brunner da de las fuentes griegas que maneja (por ejemplo, en el recién mencionado Plutarco y en todo lo que sigue sobre Aristóteles, Jenofonte), y, sin traicionar el pensamiento del austriaco, procuraré hacer aún más explícita y clara la opinión de los autores clásicos utilizados.

En el estagirita la ideología del patriarcado doméstico alcanza su mayor radicalismo con la doctrina de la esclavitud natural y de la desigualdad esencial entre los hombres (*Pol.*, 1252a-1260b) —una doctrina que el cristianismo no cuestionará en su dimensión terrenal y que se mantendrá inmovible hasta Rousseau ⁷—. Como el alma gobierna despótica, herilmente, sobre el cuerpo, así también gobierna el señor de la casa a los esclavos y animales; como la inteligencia rige política o monárquicamente sobre las pasiones, de igual manera ejerce su mando el varón sobre la mujer o los hijos ⁸. «Todas las relaciones de dependencia en el interior de la casa vienen dadas en función última del jefe doméstico, que, como cabeza rectora que es, crea a partir de sí mismo un todo unitario. Apto para ello es justamente sólo el varón, quien según Aristóteles posee todas las virtudes precisas al efecto. La casa (*oikos*) se configura por ende como un todo que descansa en la heterogeneidad de sus miembros, los cuales llegan a ser integrados en una unidad gracias al espíritu rector de su señor» (Brunner, art.cit., 112) (= *Pol.*, 1260a, 5-24).

Podemos entender ahora por qué razón resultaría inconcebible para sus contemporáneos reducir la *oikonomía* a mera administración «económica» de la hacienda. La actividad económica (productora, consumidora y eventualmente mercantil) en la vida doméstica no habría podido ser contemplada como algo desgajado del complejo total en el que se integra —Brunner no lo conoce, pero podemos subrayar aquí la coincidencia en el resultado de su análisis con la antropología económica de Karl Polanyi y su concepto de «embeddedness» ⁹—. Y cuando lo económico se constata

⁷ Léase, por ejemplo, a Juan Ginés de Sepúlveda, *Demócrates Segundo o de las justas causas de la guerra contra los indios*, ed. A. Losada, CSIC, Madrid, 1984, lib. I, 445 s., 550 s. (precioso pasaje también para una historia de la «ciencia» médica veteroeuropea que se quiera hecha desde la perspectiva de un Kuhn o Foucault), 790 s., 901 s., 945 s., 1593 s., 2143 s., 2171 s.; lib. II, 865 s., 900 s., con invocación explícita de la autoridad de Platón, Aristóteles, San Agustín, San Isidoro, etc. Cfr. A. Padgen, *La caída del hombre natural. El indio americano y los orígenes de la etnología comparativa*, tr. ing. B. Urrutia, Madrid, 1988, 155 s.

⁸ Arist., *Pol.*, 1254b, 2 s.; 1259a, 36 s.; 1259b, 10 s.; 1260a, 9 s. Yerra Brunner, art. cit., 112, al parafrasear de esta manera al filósofo: «"praktisch" herrscht die Vernunft über die Leidenschaften, der Mann über die Frau, der Staatsmann über die Freien (Politik, 1254b)». Sería «politisch» de acuerdo con Aristóteles, y no por cierto en 1254b, 14-15, donde no se cualifica la índole de la relación hombre-mujer, sino en 1259a, 36 s.: 'Ἐπὲ δὲ τρία μέρη τῆς οἰκονομικῆς ἦν, ἐν μὲν δεσποτικῇ, περὶ ἧς εἰρηται πρότερον, ἐν δὲ πατρικῇ, τρίτον δὲ γαμικῇ καὶ γὰρ γυναικὸς ἀρχεῖν καὶ τέκνων, ὡς ἐλευθέρων μὲν ἀμφοῖν, οὐ τὸν αὐτὸν δὲ τρόπον τῆς ἀρχῆς, ἀλλὰ γυναικὸς μὲν πολιτικῶς, τέκνων δὲ βασιλικῶς' (y 1259b, 1 s., ilustrando la constitución jerárquica de la casa con los correlatos de la polis). La noción de *práxis* y *bios praktikós* está expuesta por el autor más adelante y se sitúa en otro plano de su análisis: 1325a, 15-1325b, 30; *Et. Nic.*, 1094a, 1 s.; 1094b, 19; 1120a, 10s.; 1140a, 1 s. (fundamental para una diferenciación con la *poiesis* y la *techné*). Para la recepción del pasaje 1254b, 2 s. por Ginés de Sepúlveda, *op. cit.*, lib. I, 472 s., *vid.* V. Alonso Troncoso, «Tradición clásica y conquista de América», *Tempus* 1 (1992), 100.

⁹ *La gran transformación* (1944), tr. ing. J. Varela y F. Alvarez-Uría, Barcelona, 1989, 83 s., 420 s.; *id.*, *Comercio y mercado en los imperios antiguos* (1957), tr. ing. A. Nicolás, Barcelona, 1976, 285 s., 289 s.

como algo desgajado de la casa, como en el caso del comercio lucrativo y profesional, es para condenarlo y meterlo en el cajón infamante de la crematística.

Por otra parte, ocurre que esa *oikonomía*, como pone de relieve su inserción preliminar en la *Política* de Aristóteles, y en el siglo XII evidencia su traductor hispano Domingo Gundisalvo (*De divisione philosophiae*), forma parte integral del sistema entero de la filosofía antigua, medieval y renacentista. Es cosa sabida que esa tradición filosófica occidental se dividía en lógica, metafísica, física y ética. La ética comprendía el campo entero de lo que hoy llamamos ciencias del hombre, y estaba desglosada en ética estrictamente considerada o doctrina acerca del individuo (llamada en consecuencia monástica por la escolástica), en económica o doctrina acerca de la casa, y finalmente en política o doctrina acerca de la polis. San Isidoro, el gran epitomizador del legado antiguo, lo expresará traducido al latín de sus *Etimologías* con entera fidelidad al pensamiento griego clásico: *Moralis dicitur, per quam vivendi mos honestus appetitur et instituta ad virtutem tendentia. Dispensativa dicitur, cum domesticarum rerum sapienter ordo disponitur. Civilis dicitur, per quam totius civitatis utilitas administratur*. El polígrafo hispalense seguía a su vez aquí la clasificación ya adoptada por San Agustín en *De civitate Dei*.

Ahora bien, lo que confiere unidad y coordinación interna a estas tres ramas del conocimiento es siempre el citado principio de dominio y gobierno, el aglutinante jerárquico dominical: en la persona se trata del imperio de la inteligencia (*nous*) sobre los apetitos, en la casa el mando del varón sobre otros miembros menores o inferiores de la familia, en la polis el gobierno de un individuo sobre los ciudadanos (monarquía) o de éstos sobre sí mismos (democracia), en el cosmos el gobierno de Dios.

Microcosmos y macrocosmos, *urbs diis hominibusque communis*: el orden humano continúa y reproduce un orden universal. En este punto la *paideia* filosófica griega presta su armazón conceptual al judaísmo cristiano para crear el gran legado de la antigüedad al pensamiento occidental durante muchas centurias, el «monoteísmo metafísico» del que nos hablaba Dilthey. Presidiendo el cosmos está el *Nous* en tanto que principio supremo, creador de unidad, el «motor inmóvil», dueño y señor, *koiranos*, como dice Aristóteles empleando no por casualidad un término que es homérico. Dios es el principio necesario del movimiento que confiere su «forma» —aquí en sentido hilemorfista— a la materia. Dios es la «forma» del universo, la entelequia que anima a la totalidad. Una concepción tras la cual opera la ontología griega, según la cual «el universal, plasmado en la forma sustancial y aprehensible en el concepto, viene a ser el interior determinante y conformador de las cosas»¹⁰.

¹⁰ N. Hartmann, *Neue Wege der Ontologie, Systematische Philosophie*, Stuttgart, 1942, 204. La integración metafísica del gobierno doméstico en el cosmos divino está explícitamente declara-

Por ello el hombre, la casa, la polis y el cosmos son contemplados como un todo, como una totalidad metafísicamente armónica de niveles concordantes, mutuamente inclusivos —como metáfora se me ocurre aquí la imagen de la muñeca rusa—. Este paradigma epistemológico excluye la separación de niveles, el análisis escindidor de la moderna ciencia (el ya mencionado *Trennungsdenken*), y en consonancia con ello la filosofía se llama a sí misma *rerum divinarum humanarumque cognitio*. Por ello también este pensamiento propende siempre a la forma ideal y relega de ella la fenomenología de lo concreto, en otras palabras, es *theoría*, contemplación del Ser verdadero. Ontología y deontología, verdad y bondad, ser y deber no están aquí disociados, como en el pensamiento moderno, sino que coexisten estrechamente entrelazados. Del cumplimiento de la virtud, que es enseñada por la ética, depende el grado de proximidad del individuo, de la casa o de la polis a su esencia, a su auténtico ser.

En el fondo nos enfrentamos a un modo de pensar acendradamente aristocrático, característico de una nobleza patriarcal que se ha enseñoreado de la tierra y que desde Homero asimila, en el ideal nobiliar de la *areté*, el gobierno de las personas y las cosas al poder del entendimiento y la voluntad, la fuerza y el valor del héroe a la posesión de la belleza ¹¹. Esta concepción arcaica de la virtud conocerá todavía una progresiva elaboración, que Brunner esboza siguiendo a Werner Jaeger. A través de los grandes educadores del espíritu heleno, los Hesíodo, Esquilo, Sófocles, Sócrates, Jenofonte, progresivamente depurada y politizada, asumida como programa educativo del ciudadano en la *polis*, la noción ya cívica de virtud halla acomodo definitivo en la filosofía griega con Platón y Aristóteles. Eso sí, conservando siempre su primitiva tonalidad aristocrática, que la estructura social de la civilización helénica no precisará alterar.

da por Hohberg, cuyas palabras recoge Brunner, *op. cit.*, 240: «Die geschickliche Wissenschaft, recht hauszuhalten», scheint ihm, «nach der himmlischen Seelennahrung die allernöthigste». Ist ihm doch Gott «der menschenliebende himmlische Hausherr, der nicht ablässt, die grosse Welt-Oeconomian noch immerdar zu bestellen und zu regieren». El término «Oeconomía», alusivo en última instancia al gobierno divino del mundo y a su propio plan de salvación, forma parte de la dogmática cristiana desde Tertuliano: cfr. A. Harnack, *Dogmengeschichte* 5. Aufl., Tübingen, 1914, 81.

¹¹ «Schon bei Homer erscheint die Gleichsetzung von «Wissen» und Gesinntsein. Es ist die leitende und gebietende Stellung des Herrn, seine hellere Rationalität, die das Ganze der von ihm beherrschten Gebilde stets vor Augen hat und in ihrer «Wesenheit» sieht, dem seine Herrenstellung stets die Möglichkeit gibt, sein «Wissen» zur Tat werden zu lassen; es ist eine adelige Arete, die die Herrschaft des Menschen über sein Inneres, über Haus und Polis ermöglicht und daher auch in der «Theoria» analog die Struktur des vom Nus, von Gott beherrschten Kosmos erschaut, die auch Physik und Metaphysik bestimmt, deren Denken daher analog dem menschlichen Handeln «teleologisch» ist», Brunner, *art. cit.*, 115, siguiendo en esto a E. Topitsch, *Kosmos und Herrschaft*, Wort und Wahrheit, 1955, 21 s., y por supuesto a W. Jaeger, *Paidéia: los ideales de la cultura griega*, FCE, 10.^a reimpr., México, 1988, 21-29, que defiende la continuidad esencial del pensamiento griego en el tema de la virtud desde Homero hasta Aristóteles.

Cuestión a elucidar entonces es el porqué de la continuidad y hegemonía de toda esta estructura griega de pensamiento durante dos milenios de historia occidental, y no ya sólo como aristotelismo, sino más globalmente como monoteísmo metafísico, aclimatado primero sin dificultad en la patristica y refundido después por la escolástica con la recepción del estagirita en el siglo XII. Desde esa centuria hasta la ilustración el aristotelismo dominará las universidades europeas, católicas y protestantes, como demuestra el triunfo generalizado de la metafísica de Francisco Suárez todavía en el siglo XVII. Y junto a él, acreciendo el caudal de la filosofía antigua, la corriente neoplatónica, de profundas y persistentes influencias, que no altera en lo esencial las implicaciones políticas y morales del sistema filosófico hermano. Uno y otro tiñen de intelectualismo el pensar europeo, aunque no sin marcadas disonancias entre sí (el platonismo del agustinianismo y de la mística en contraposición al aristotelismo de la escolástica), y no tampoco sin fuertes estridencias frente al tono esencialmente voluntarista inherente a la tradición profética judía, vétero y neotestamentaria.

Ernst Hoffmann ha descrito dicha herencia —la helenización filosófica del cristianismo— con palabras que Brunner se complace en reproducir: «este dogma filosófico, el de que un Absoluto, un Algo Divino es el principio necesariamente decisivo, hacia el cual hemos de orientar nuestra entera visión del mundo y nuestro camino en la vida; el de que este Absoluto, permaneciendo en sí mismo inmóvil, transmite el movimiento, esto es, crea primero por generación o explicación o emanación una esfera todavía a imagen divina de la mayor dignidad, un reino de las ideas o de los números o de la luz; y el de que por su mediación Dios habita en el mundo y en toda la multiplicidad de sus configuraciones, pero sobre todo en nosotros mismos, encendiéndose lo Divino en la razón humana como un chispazo o germinando como semilla espiritual u obrando en el interior del hombre como su más profunda unidad; esta dogmática, en fin, es la que ha actuado sobre el cristianismo y la escolástica como legado de la antigüedad y la que ha suministrado el armazón de la metafísica a la humanidad occidental, mucho más allá del medievo, hasta los sistemas del racionalismo dogmático del siglo XVIII». Ella inspira, ya en época romana, la religiosidad libre de aliento filosófico en hombres como Séneca, Marco Aurelio y Boecio. Aunque también es cierto que en esta piedad actúan inextricablemente tendencias místicas y mágicas.

Dicho ha quedado que esa metafísica estaba formulada en perfecta sintonía con las otras ramas de la filosofía antigua, y muy especialmente con la ética y su particular ideal del varón, lo que a su vez nos conducía a una determinada sociología subyacente. Al abordarla se nos revelaba con enorme fuerza un valor que será central desde Homero hasta la ilustración, el de «virtud» (*areté*, *virtus*, *Tugend*). En la épica homérica hay ya la conciencia de que el privilegio de la sangre, condición inexcusable del *agathós*, debe ir

acompañado de *areté* si quiere asegurarse el status preeminente a él aparejado. Queda así definida con la *paideia* griega una aspiración de autoexigencia y educación recurrente en toda la historia occidental, que viene a ser la médula del *ethos* nobiliar europeo, desde su asunción por la nobleza romana hasta el humanismo y el barroco, incluyendo entre medias sus dos sucesivas adaptaciones al pensamiento cristiano por obra de la patristica y la escolástica. Brunner se aplica entonces a la titánica tarea de trazar la historia de la *paideia-humanitas*, de las virtudes cardinales que ahorman un tipo social a lo largo de los siglos, del radical hermanamiento entre nobleza y virtud, desde la antigüedad tardía hasta Enea Silvio Piccolomini y el siglo de Hohberg. Es lo que lleva a cabo en el segundo gran capítulo de esta biografía, titulado *Ethos und Bildungswelt des europäischen Adels*, bien entendido que esa ética nobiliar cobra pleno sentido en el ambiente campesino de la hacienda señorial ¹².

No me es posible, sin riesgo de alargar intolerablemente estas páginas, proceder ahora a un resumen de dicho capítulo, que constituye una síntesis difícilmente superable de las corrientes intelectuales y literarias en occidente desde la antigüedad tardía hasta el renacimiento. Tan sólo subrayaré algunos aspectos que me parecen dignos de nota.

Hecho de la mayor importancia fue que la cristianización de la ética laica en el medievo se realizó haciendo hincapié, más que en las virtudes teológicas de la moral cristiana (fe, esperanza y caridad), en sus virtudes cardinales (prudencia, justicia, fortaleza y templanza), de inequívoca estirpe antigua, pagana, originariamente homérica, después estoica. Una orientación así definida de la moral es lo que deja ver, con más claridad aun que la metafísica, hasta qué punto la iglesia se las tenía que ver con un mundo nobiliar profundamente arraigado y con una estructura sociológica perdurable en la Europa occidental. Bien a las claras se revela el propio Hohberg penetrado del ideal de virtud en sentido aristocrático y estamental, que no en el auténticamente evangélico, en su poema *Ottobert* (XVIII 465):

*Im Adel die Natur nicht Unterscheid ursachet
Vom dem gemeinen Volk, wo Tugend ihn nicht machet.*

¹² Nuestro autor es enteramente deudor de W. Jaeger, *op. cit.*, 19, en todo lo concerniente a la *areté* en Homero, pero el sucesor de Wilamowitz en la cátedra berlinesa no deja de constituir una segunda seria hipoteca sobre la visión brunneriana de la antigüedad clásica: acerca de W. Jaeger y los métodos del «tercer humanismo», cfr. M. I. Finley, *Uso y abuso de la historia*, Barcelona, 1977, 118 s.; J. Alsina, *Teoría literaria griega*, Madrid, 1991, 46-47. Por otra parte, y sin querer aquí entrar a fondo en el problema, parece obvio que en la concepción brunneriana de los ideales de la nobleza griega pesan exclusivamente los resultados de la filología (Jaeger, Snell) y la filosofía (Hartmann, Topitsch) alemanas, con crasa ignorancia y sin el contrapeso de la investigación de los historiadores, así alemanes como extranjeros. En parte por no ser especialista, y en parte por limitado germanopetismo, se da en este campo la fatal paradoja de no haber sabido el austriaco ser receptor de las corrientes sociológicas y antropológicas de renovación que se estaban produciendo contemporáneamente en los estudios clásicos.

Esa excelencia del noble, que primariamente comporta fuerza y valor heroico, retiene ya desde Homero un genuino aliento educador por la conciencia del deber y de la autoexigencia que acompaña a la *areté* en su plenitud. Como ha escrito Jaeger, «al orgullo de la nobleza, que mira con complacencia la larga serie de antepasados ilustres, se contraponen la convicción de que esta preeminencia sólo puede ser conservada mediante las virtudes por las cuales ha sido conquistada». Lo dice Glauco a Diomedes en la *Iliada*: «Y a mí me engendró Hipóloco y de él pretendo haber nacido. El me envió a Troya y repetidamente me encareció que sobresaliera siempre por mi valor y fuera siempre superior a los otros, y que no deshonrara el linaje de mis antepasados,...»¹³.

La sangre se convierte pues en una herencia necesitada de validación mediante acciones virtuosas, empezando por los reyes, como advierte en 1200 Reimar von Zweter. El tema se reitera en toda la literatura política y pedagógica de occidente, hasta Enea Silvio, para quien el buen natural inherente al hombre noble queda incompleto si no se alía a la educación y al ejercicio. De ahí la función formativa y ejemplarizante de la poesía épica desde los griegos hasta las canciones de gesta medievales; de ahí asimismo el desinterés que ella muestra por el asunto plebeyo, al igual que sucede en la otra gran poesía de la nobleza europea, la cortesano-caballeresca. De ahí, en fin, el gusto por la historiografía de los *exempla virtutis* en los ambientes de la aristocracia, como prueba la extraordinaria aceptación de un Valerio Máximo en la edad media, el renacimiento y barroco.

La semilla antigua, por otra parte, nunca dejó de dar frutos en el suelo abonado de Italia, que no podía olvidar la grandeza de Roma ni el abolemento de sus letras humanas y su tradición jurídica. Fueron aquí las ciudades centrales y septentrionales las que, sin abdicar de su constitución nobiliar ni romper con el patriciado terrateniente —genuino núcleo de «ciudadanos consumidores a la antigua»—, vieron medrar a los grupos de negociantes y juristas, y las que con esta sociología alumbraron el renacimiento, flor de muy rara aclimatación fuera de sus ambientes originarios. Desde 1250, más o menos, hasta 1550 ó 1600 se fragua y domina en las ciudades-estado

¹³ Doy el pasaje exacto de la *Iliada* (VI, 206-209) tomado por Brunner, *AL*, 76, de Jaeger, *op. cit.*, 24, quien no da la referencia. La traducción del párrafo de Jaeger es mía y la de Homero es de C. Rodríguez Alonso, Akal, Madrid, 1986. Hasta qué punto el tema de la virtud moldea el espíritu de la nobleza europea, lo prueba la leyenda que hace poco leía inscrita en las paredes de la casa troncal de un antiguo linaje español: «El hijo que heredare de sus padres la nobleza, mercede mayor grandeza que el que por sí la ganare, pero para la conservare tres cosas ha menester: valor, virtud y poder, y ninguna ha de faltare». Y hablando de la nobleza como forma histórico-sociológica perdurable, de la «sustancia nobiliaria», es lástima que Brunner no se hubiese beneficiado de la siempre sugerente lectura de Georg Simmel, *Digresión sobre la nobleza* (1908), en id., *Sociología. Estudio sobre las formas de socialización*, vol. 2, Madrid, 1986, 765 s.

italianas una concepción renacentista del mundo que es de pura savia grecolatina y tono esencialmente laico, y que llega a influir en toda Europa a través del humanismo. Para el espíritu renacentista la vuelta a lo clásico debía operarse con un sentido de fidelidad ideológica al modelo de que careció la cultura laica cortesano-caballeresca, sin más aspiraciones que las literarias y ceremoniales. Y frente a la visión sistemática del mundo monopolizada por el clero, la teología escolástica, que se quería filosófica y dialéctica, se afirma con el renacimiento una concepción del hombre nueva. Se formula en ambientes laicos, se asienta sobre el acervo común y primigenio de la antigua *humanitas* y, sin renunciar jamás a su programa ético, manifiesta propensiones distintivamente retóricas, filológicas y estéticas.

Ahora bien, Brunner expresa aquí su convicción, en radical oposición a la visión canónica de Burckhardt, de que tampoco con el renacimiento y el humanismo adviene una ruptura en la evolución coherente de la vieja Europa, en su estructura interna. Ni más ni menos que la prolongación de las formas socioculturales de la baja edad media. Ese hombre reflotado que deviene ahora objeto autónomo de pensamiento posee aún todos los ingredientes del viejo ideal aristocrático, con la *virtú* como cerne y la antigua *fortuna* como fuerza mágica en su existencia. Cuando el mundo se contempla filosóficamente (Ficino, della Mirandola), el destino humano aparece solidario de un orden regido por resonancias simpáticas, por un juego neoplatónico y místico de espejos reflectantes, en suma, por la llamada entonces *magia naturalis* (Paracelso). Claro es que dicha representación de la realidad no aporta novedad alguna respecto del esquema microcosmos-macrocosmos del pensamiento griego, y buscar en una antropología como ésta las raíces de la idea socialista o liberal del individuo igual y libre supondría una recaída tan grande en el anacronismo como la de postular para esta época la aparición del Estado o la ciencia moderna ¹⁴.

No es que el renacimiento carezca de gérmenes revolucionarios. La obra de Nicolás de Cusa, por ejemplo, es una prueba de que los hilos de continuidad con las modernas ciencias naturales existen. Lo mismo cabría decir de los escritos de Maquiavelo en su relación con la historiografía y la teoría política posteriores. Esto admitido, se trata más bien de situar históricamente el fenómeno cuatrocentista, de historificarlo, no de trasponerlo acriticamente. Una posición metodológica que resulta ya para nosotros característicamente brunneriana. El historiador austriaco la refuerza además mostrando el perfecto engranaje del credo humanista y de la profesión humanística en la vida

¹⁴ Lástima que nuestro autor no hubiese podido aún leer los dos primeros capítulos de M. Foucault, *Las palabras y las cosas* (1966), Madrid, 1968, señalando la misma continuidad en la *episteme* renacentista. Extraña, en cambio, la falta de apoyo en el libro de A. O. Lovejoy *La gran cadena del ser* (1936), Barcelona, 1983, *passim*.

de la Europa contemporánea, con su amplia nómina de educadores de reyes, de príncipes y nobles (los da Feltre, Vergerio, Alberti, Bruni, Vegio, Filelfo, Enea Silvio); con sus cuadros humanos presentes en todas las universidades y cancillerías (el arquetipo representado en este último caso por el *Cortegiano* de Castiglione). Si las sociedades cortesanas de Londres y París responderán en los siglos XVI y XVII a los estímulos italianos con el ideal nobiliario del *gentleman* y del *honnête homme*, en los territorios de la casa de Austria, de Madrid a Viena, será preponderante el ascendiente educador de Erasmo y su humanismo cristiano (con la *Institutio principis Christiani* y el *Enchiridion militis Christiani*).

Precisamente a la España moderna y a su literatura áurea dedica Brunner páginas llenas de atención y familiaridad. Tienen sobre todo para nosotros el valor de que resultan inmunes a los tópicos de una lectura de vía estrecha, españolista, en la equívoca clave de la historia-nación, y de que reubican el pensamiento en tiempos de los Austrias en el gran panorama de la unidad europea, en el seno vivo de la cultura nobiliar veteroeuropea. Se trata en realidad de una aproximación típicamente germánica, en la estela de los Curtius y los Auerbach, también de los Hofmannsthal¹⁵. Ni que decir tiene que desde esta perspectiva, la de un historiador cien por cien, importan tanto los grandes nombres, así los Gracián, Cervantes o Garcilaso, como los autores secundarios y los grandes hitos de la traducción al o del castellano. Si Juan Boscán vierte en 1534 a Castiglione, Montalvo es leído por un público de franceses y alemanes apasionados de un *Amadís* medievalizante, al paso que Antonio de Guevara conoce una enorme difusión en toda Europa, en las bibliotecas de la nobleza coetánea, por su *Contemptus vitae aulicae et laus ruris* (Desprecio de corte y alabanza de aldea). Ilusión y escapismo llevan también a esta misma nobleza cortesana a leer la poesía pastoril de Montemayor y Polo. Como buen austriaco, Brunner sabe muy bien que el eje Madrid-Viena bajo los Habsburgo no sólo funcionó para la diplomacia y la guerra, sino también en el ceremonial y las ideas. Pero, al margen ya de las convergencias dinásticas, con el análisis de aquéllos y otros títulos de la literatura contemporánea (italiana, francesa, alemana), lo que de verdad se nos ofrece es el pan que sirve de alimento a la *paideia* nobiliar europea, los ingredientes educativos de su profunda cohesión espiritual, más allá de las fronteras y las casas reinantes¹⁶. Un *ethos* traspuesto artísticamente de muchas formas, pero que con la literatura del barroco comienza a presentar síntomas inequívocos de agotamiento y decadencia. De ahí a la ilustración sólo media un paso, y nuestro guía se detiene a expli-

¹⁵ Veo aquí obligada la cita de E. R. Curtius, *Ensayos críticos sobre la literatura europea* (1950), tr. al. E. Valentí, Madrid, 1989, 9, 109 s., 119 s., todo un placer su lectura.

¹⁶ «Günther Müller hat darauf hingewiesen, dass der Welterfolg des Amadis, und dasselbe gilt von den andern hier besprochenen Gattungen, nicht unter dem Gesichtspunkt des "Einflusses" einer nationalen Kultur auf die andere gesehen werden kann, sondern dem "Einheitsbewusstsein der europäischen Adelskultur entsprang", *AL*, 122.

caros los jalones que marcan la crisis y disolución de la vieja Europa, desde los ya citados Cusa y Maquiavelo hasta la muy reveladora y desengañada figura de Gracián (el «poco importa la honra antigua, si la infamia es moderna»), pasando naturalmente por los Bodino, Lipsius, La Rochefoucauld, Thomasius, Fénelon, etc. Solamente echo en falta en este contexto un examen de las letras inglesas y, en especial, de la obra dramática de Shakespeare, autor que me parece de indiscutible relevancia ¿O acaso no es el príncipe de Dinamarca una psicología egocéntrica ajena a la representación clásica del héroe y trasunto de un mundo en crisis de valores? ¹⁷.

Wolf Helmhard von Hohberg se encuentra al término de este recorrido que Brunner ha realizado por los caminos más o menos confluyentes de la espiritualidad occidental. El interés que presentan su vida y sus escritos radica en la convencionalidad y tradicionalidad que los animan. Es un hombre del barroco que se mantiene plenamente fiel al viejo estilo, en quien no hacen mella los vientos de cambio, y esto le confiere un gran valor testimonial a nuestros ojos.

El tercer capítulo de la biografía, *Der Dichter: Umwelt und geschichtliche Grundlagen*, nos ofrece un fresco más preciso que el anterior, en el que se superponen tres nuevos planos de aproximación al personaje: el del ambiente cultural de la nobleza austriaca coetánea, el del círculo de amistades e influencias, y finalmente el de su producción poética. Brunner está aquí en su casa y se mueve con una soltura que no podía exhibir al pasear su mirada impresionista sobre el mundo antiguo y la civilización medieval en su conjunto, con inevitable dependencia ahí de la bibliografía secundaria. El biógrafo de Hohberg se revela como un íntimo conocedor de las bibliotecas de la nobleza austriaca y sus lecturas preferidas entre los siglos xv y xvii, de sus programas educativos y sus itinerarios de estudio (la *nobilis et erudita peregrinatio*, que diría Lipsius, o *Kavalierstour por los principales centros europeos*), de las corrientes artísticas y literarias a lo largo del eje danubiano, de la ciudad de Viena y su cortésana insularidad, de la limitada difusión del humanismo en los territorios habsbúrgicos, en suma, de esa peculiaridad y marginalidad del «carácter nacional» austríaco, que gravita en la periferia del núcleo carolingio o vieja Europa, que arrastra una existencia de refinamiento áulico en tensión con su entraña espontáneamente campesina y, ante todo, cuyo ser espiritual está marcado por la nobleza de la tierra, ya que no por su feble burguesía urbana, etc. ¹⁸.

¹⁷ Básicos resultan aquí los libros de E. Auerbach, *Mimesis* (1942), FCE, 3.ª reimp., México, 1982, 292 s., y J. Jones, *On Aristotle and Greek Tragedy*, London, 1967, 11 s., 37. Más matizadamente, sin embargo, A. Lesky, *Historia de la literatura griega* (1963), Madrid, 1976, 276-77, 290 s., 312-15.

¹⁸ Avalando y cimentando esta síntesis está, como buena prueba de profesionalidad, la investigación de archivo del propio Brunner, empezando por su libro de habilitación, *Die Finanzen der Stadt Wien von den Anfängen bis ins 16. Jahrhundert*, Wien, 1929, y siguiendo por artículos como «Österreichische Adelsbibliotheken des 15. bis 18. Jahrhunderts als

Si la personalidad cultural de Austria la ha ido modelando la aristocracia de la sangre, ésta comparte no pocos de aquellos ideales que conformaban la tradición veteroeuropea. Un indicador fiable en este sentido lo son las crestomatías para la enseñanza primaria de sus vástagos, así como las orientaciones lectoras expresadas en los catálogos conservados de las mansiones señoriales. Sorprenden en el centón de títulos, mezclados con las docenas de autores del humanismo y el barroco, los colores siempre vivos de la antigüedad clásica. Destacando entre ellos, el *De officiis* de Cicerón, tan acorde a las solicitudes ideológicas del estrato dirigente en una sociedad organizada por estamentos —*ordines*, diría el de Arpino—, pero también una amplia muestra desde Homero y Hesíodo hasta Macrobio y Claudiano, pasando por Virgilio, Ovidio y Horacio.

Contrariamente a lo que pudiera imaginar una historia en clave filológica de la recepción de las letras grecolatinas, una historia de la erudición humanística y la transmisión de textos, hemos de ver en estas lecturas el alimento espiritual consumido en el día a día de un extendido medio sociológico. En los territorios del imperio el idioma alemán ha ganado terreno como lengua de la devoción popular, en particular gracias a la labor traductora de Lutero, pero son las lenguas de la Romania (italiano, francés y español) las mejor acreditadas, así en prosa como en poesía, para expresar los valores cortesés y políticos del *ethos* nobiliar europeo¹⁹. A ellas se añade el latín, si cabe aquí con una misión educativa más acentuada debido a la relegación del habla vernácula a la esfera de la emotividad familiar y la vida campesina. Pese a los esfuerzos de las llamadas «sociedades fructuosas» que proliferaron en la Austria de Hohberg, de marcado espíritu estamental y recreativo, y en uno de cuyos salones nuestro biografiado encontraría la atmósfera favorable para comunicar sus inquietudes de escritor, no consiguieron dichas instituciones su propósito de superar la inferioridad del alemán como vehículo de alta cultura ni crear una literatura a tono con los sentimientos ancestrales de la nobleza austro-alemana, en concreto, un estilo de caballero que estética y moralmente pudiese representar una alternativa al *cortegiano* de los italianos o al *honnête homme* de los franceses. Como es bien sabido, la emancipación de las letras germanas sería el gran paso dado de 1750 a 1832, con el clasicismo y el romanticismo.

La envergadura poética de Hohberg trasluce de manera diáfana las que-rencias y tensiones de su estamento, de su país y de su tiempo, invitándonos

geistesgeschichtliche Quelle» (1940), o «Zwei Studien zum Verhältnis von Bürgertum und Adel: 1. Das Wiener Bürgertum in Jans Enikels Fürstenbuch, 2. Bürgertum und Adel in Nieder- und Oberösterreich» (1956), ambos en *NW*, 281-293 y 242-280, más el variado ramillete de estudios austriacos comentado por «BCS» J.A.PardosECS, *op.cit.*, 141-142.

¹⁹ Muy repetido es el dicho -y lo de menos aquí es su autenticidad- atribuido a un hombre profundamente ligado a esta tradición europea de viejo estilo, Carlos V, políglota y cortés, quien habría afirmado que el francés era la lengua de la política y la diplomacia, el italiano la del amor, y el español la lengua para hablar con Dios.

a una sociología del arte por la que Brunner nos lleva con mano maestra. La musa del señor de Süssenbach y Oberthumeritz es tardía, modesta y renuente a las modas extranjerizantes de la poesía pastoril y la novela galante-cortés del alto barroco, en la que quisieron iniciarlo sus contertulios de aquella *Fruchtbringende Gesellschaft* a la que pertenecía. Su sensibilidad de hombre de campo, su propensión a la vida apartada de los ambientes animados y vanguardistas, los de ciudad y corte encarnados en los mencionados salones literarios, le arrastran al principio a componer unas *Georgica*, con pujos virgilianos. Pero, al revés de su modelo latino, en este poema predomina una voluntad didáctica y agronómica, un realismo a veces insoportablemente llano en la ponderación de abonos y carnes, que lo hace impropio del refinamiento del género y que el gusto pulido de sus amigos, como Georg Adam Kufstein, piadosamente desaconsejaron. Era el primer episodio de una inadaptación, con respuntes de ironía que, si Brunner no nos oculta, de alguna manera desdibuja entre los trazos de interés y cariño con que trata siempre a su personaje —¿cuánto hay aquí de autobiografía?.

Mejor aconsejado, el voluntarioso prócer austriaco encaminaría después sus pasos al poema mitológico, también en esta ocasión buscando un tema de la geopónica antigua susceptible de ser rehecho al estilo austriaco, que tan bien sabe combinar la gracia con la solemnidad. Lo encontró en el mito de Deméter y Ceres. En 1661 dio así a la imprenta su *Unvergnügte Proserpina*, inspirada en el *De raptu Proserpinae*, del griego de Alejandría y poeta de la latinidad clásica tardía Claudio Claudiano (c. 370-404). En 1664 vio la luz otra obra suya de más altos vuelos, el *Habsburgischer Ottobert*, ancestro merovingio fabuloso de los Habsburgo, que da argumento en este caso a una epopeya novelesca de 40.000 versos alejandrinos. Resulta interesante por muchos conceptos. Porque testimonia la incommovible y fervorosa lealtad de su autor a la casa de Austria, porque en ella cobran vida literaria las fantasías de la imaginación barroca sobre el mundo germánico ancestral, y muy en particular porque su mensaje esencial consiste en una exaltación de la virtud del héroe, de su esfuerzo y valor, esto es, porque se presenta como espejo de virtudes para la nobleza coterránea. Esta novela heroica versificada, como en realidad ha sido recalificada, tiene un precedente clásico declarado en la *Eneida* de Virgilio, pero sobre todo unos paradigmas inmediatos en la épica literaria renacentista, perfectamente representados y hasta traducidos al alemán en las bibliotecas de la época: son los italianos Boiardo (*Orlando innamorato*), Ariosto (*Orlando furioso*) y Tasso (*Gerusalemme liberata*), e incluso el excepcionalmente citado Ercilla (*Araucana*).

Pero de la misma manera que el estilo perfumado de la poesía bucólica no satisfacía la espontaneidad expresiva de Hohberg en lo concerniente a la vida campesina, tampoco la estética sublime y áulica de la épica literaria italianizante era el mejor formato para su estro vernáculo y realista. Ni menos aún podía hacérsele fácil a este espíritu apegado a la tradición esa problematización política y moral de los caracteres literarios que introducía en la ac-

ción narrativa la novela barroca. Su sentido novelador, por el contrario, caminaba derechamente por la senda clara de la virtud y la aventura. Estas, y no otras circunstanciales, fueron las razones por las que el escritor desistiría de perfeccionar una línea en principio tan abierta a las tendencias contemporáneas como la del *Ottobert*.

Había, en efecto, demasiada autenticidad en este sólido carácter de la tierra austriaca como para esperar de él concesiones al artificio o a la creciente introspección espiritual de su tiempo, demasiada vinculación con la naturaleza —que no «el sentimiento de la naturaleza artificialmente estructurado del barroco», sino la religación primaria con ella—, demasiado contacto estrecho con el mundo popular y campesino, hasta demasiados dialectalismos en su escritura. Había en él, empero, quilates suficientes de nobleza como para no devenir jamás una voz del pueblo, un poeta popular, un alma sensible y artísticamente creadora como la de su coetáneo y superior Grimmelshausen.

Pues, por encima de todo, Hohberg conserva hasta el final de su vida el apresto de señor, de señor de la tierra. Esta convencionalidad sociológica, rígida horma que conforma su *ethos*, impone serias limitaciones a su literatura de creación. Verdad es que nuestro caballero de aldea no encierra un poeta de genio, y ello supone una limitación personal mucho más decisiva que cualquier otro condicionamiento histórico. Pero tampoco es menos cierto que en el oceano de sus alejandrinos se aprecia sin escasez el talento y un genuino sentido de la belleza. Por consiguiente, el relativo fracaso de su poesía radica propiamente en la incapacidad de su autor para superar las antinomias culturales de su patria, para resolver los problemas de forma y contenido que le planteaba el programa literario asumido. Tal embarazo, en cambio, no tenía por qué presentarse en el género perfectamente congenial con su temple y modo de vivir, la *Hausvaterliteratur*.

El barón de Hohberg, en efecto, volvería por sus fueros en los últimos años, allá en su retiro de Ratisbona, redactando la obra por la que entraría en la historia de la literatura alemana: *Georgica curiosa oder Adeliges Land- und Feldleben* (1682 y 1687). El análisis de este tratado en doce libros ocupa a Brunner el cuarto capítulo de la biografía: *Adeliges Landleben*.

Retoma aquí Brunner el hilo de la tradición europea en materia de *oikonomía*, a saber, la transmisión y traducción de los textos clásicos más significativos sobre el género, o relacionados con él, en las épocas medieval y moderna: las versiones al latín del estagirita realizadas por Guillermo de Moerbeke (*Política*, c. 1260), Roberto Grosseteste (*Ética a Nicómaco*, c. 1240), Durando de Auvernia (*Económicos*, c. 1295), Leonardo Bruni (1370-1444), o al francés por Nicolas de Oresme (1325-1382), amén de la labor difusora de la escuela de traductores de Toledo (siglo XII) y del Collegium Coimbricense (siglo XVI). Son analizados asimismo los cultores medievales y modernos de esta literatura, las publicaciones sucesivas que van señalando la plena actualidad del mundo doméstico y su canónica inserción en el sistema trinitario de la filosofía ética, así como la pervivencia de las viejas categorías

con que aquél es pensado. Se trata de obras que se ocupan total o parcialmente del tema de la casa y que excluyen por principio a la crematística, aportaciones tan relevantes como las de Vicente de Beauvais (*Speculum doctrinale*, 1247-1259), Brunetto Latini (*Li Livres dou Trésor*, 1262-1266), Conrado de Megenburgo (*Oeconomica*, 1353), León Battista Alberti (*Libri della famiglia*), y así hasta que a finales del siglo xvii y a lo largo del XVIII la escolástica aristotélica, y con ella la *Oeconomia domestica et ruralis*, sean barridas de las universidades por la economía política de los fisiócratas y las ciencias químicas e ingenierías agrarias ²⁰.

Ahora bien, si se trata de establecer las fuentes directas e indirectas en que bebe Hohberg para componer su tratado, la filiación no se acaba en la *oikonomía* propiamente dicha. Este es un punto de la mayor importancia, que podría pasar desapercibido al lector, y que conviene precisar. Formando parte del legado grecolantino y de la tradición veteroeuropea conocemos, por otra parte, un conjunto de escritos agronómicos, una literatura agraria (*Agrarliteratur*) de carácter técnico y especializado, que atiende a cuestiones prioritariamente relacionadas con la explotación intensiva de la tierra y el ganado, y con el rendimiento de la mano de obra empleada en el campo. Contrariamente a la *oikonomía*, que no llega a descender al detalle y se inscribe en el programa global de la metafísica antigua, este subgénero agronómico se desarrolla con una vocación más técnica que ético-filosófica, en la misma línea de evolución y complicación de los saberes de la que nacen las otras disciplinas aplicadas en la antigüedad: la medicina griega, la jurisprudencia romana, el arte militar helenístico o la arquitectura de servicios latina.

Representantes conspicuos de la agronomía antigua son Catón (*De agri cultura*), Varrón (*Res rusticae*) y Columela (*De re rustica*), todos romanos. Pero no cultivaron ellos solos este campo. Eslabón fundamental entre la avanzada agricultura helenística y la itálica fue el cartaginés Magón, cuyo tratado en 28 volúmenes llegó a ser traducido al latín por orden del senado. La literatura griega sobre la materia, aludida por Aristóteles (*Pol.*, 1259a) en las personas de Carétides de Paros y Apolodoro de Lemnos, y no por casualidad como bibliografía muy especializada, se ha perdido para nosotros. Ha pervivido en la edad media un compendio erudito de época bizantina, *Geoponica*, refundición hecha por encargo de Constantino VII Porfirogéneta hacia el 950 tomando como base la excerpta del siglo iv debida a Casiano Baso Escolástico ²¹.

²⁰ Quiero llamar la atención del lector en el sentido de que, contrariamente a la línea historiográfica que representan autores como Brunner, y en consonancia con lo defendido por Schumpeter en su *History of Economic Analysis* (Oxford 1954), el gran medievalista Raymond De Roover ha valorado en términos mucho más positivos el pensamiento económico de la escolástica, señalando la línea sin solución de continuidad que entre ella existe y la economía política de los primeros teóricos: *vid.* la excelente puesta al día de G. Fourquin, «Raymond De Roover historien de la pensée économique», *RH* 250 (1973), 19-34.

²¹ *Geoponica sive Cassiani Bassi Scholastici de re rustica*, ed. A. Beckh, Leipzig, 1895. A. Ge-

Brunner, que sigue aquí a F. Heichelheim y M. Güntz ²², se apresura a explicar que las obras de los citados autores se escribieron en los tiempos de apogeo de la agricultura antigua, los siglos helenístico-romanos, en que ésta había evolucionado hacia formas latifundistas de monocultivo (vid u olivo), hacia la explotación absentista de importantes cantidades de esclavos y de acuerdo con un espíritu de racionalización y rentabilidad empresariales bastante acusado, orientado al mercado. Si en Catón todavía es visible cierto anclaje de su pensamiento en la vieja moral doméstica, con sus prescripciones religiosas para el *pater familias* y demás consejos caseros de tipo general, una tendencia más acusadamente técnica se impone con Varrón y Columela, para retroceder en el siglo III con Paladio (*Opus agriculturae*) a los niveles de confusión genérica inicial.

La literatura agronómica definida con los romanos se conserva en la Italia medieval gracias principalmente a la obra de Petrus de Crescentiis (1233-1321), *Ruralium commodorum libri XII*, y conoce una gran floración en toda Europa durante el siglo XVI. Al mismo tiempo se multiplican ahora las ediciones de los textos clásicos, por obra del humanismo filológico, y tras ellas la consecuente multiplicación de las traducciones a las distintas lenguas vernáculas. Wolf Helmhard se beneficia de este caudal de publicaciones, clásicas y modernas, que no deja de citar y comentar, que tenía a su disposición en las bibliotecas de la nobleza austriaca.

Cuando el barón escribió sus *Georgica curiosa* de acuerdo con las convenciones genéricas de la *Hausvaterliteratur*, ésta había adquirido ya su forma canónica, que era el resultado de combinar la tradición ético-filosófica de la *oikonomía* con la otra especializada del saber agronómico. El gran definidor del género había sido Johannes Coler, con su *Oeconomia ruralis et domestica* (1593), un título que de por sí proclamaba su voluntad de conjugar el tratamiento de los problemas domésticos en toda su amplitud con la máxima información sobre los adelantos y problemas de la explotación agropecuaria. He ahí el modelo formal y programático para el exiliado de Ratisbona.

El valor historiográfico de las *Georgica curiosa* deriva, por tanto, de esta su doble filiación. Al explayarse Hohberg en la descripción de los suelos y aguas, los sistemas de cultivo y su mejoramiento, la distribución y ocupación del espacio agrario, las formas de asentamiento desde época germánica en la obra de Tácito, brinda al modernista datos preciosos para reconstruir la geografía histórica y los paisajes rurales de la Austria medieval y moderna. Eso que en la tradición alemana de la historia antigua y medieval se denomina el *Landeskunde*, la *Agrargeschichte* (los Oberhummer, Phillipson, Kirsten). Pero el conocimiento directo de los problemas agrarios y la buena disposición a

moll, *Untersuchungen über die Quellen der Verfasser und der Abfassungszeit der Geoponica*, Breslau, 1883.

²² Respectivamente, *Wirtschaftsgeschichte des Altertums*, Leyden, 1938, y *Handbuch der landwirtschaftlichen Literatur*, I-II (1897) y III (1902).

intensificar la rotación trienal no son óbice en este caso para que el autor siga atado a las categorías referenciales del universo doméstico. Tiñendo toda la obra, se detecta un espíritu inconfundiblemente nobiliar y patriarcal que hace imposible inscribir este tratado en la historia de la agricultura científica y capitalista, la que en lengua alemana inaugura Albrecht Thaer con sus *Grundsätzen der rationellen Landwirtschaft* (1809-1812). Podría citar, por ejemplo, uno de sus párrafos sobre el valor educativo de la caza (II, 684), que personalmente encuentro en perfecta sintonía con la tradición clásica (cfr. Platón, *Leg.*, 823a y s.). Pero nada mejor para probarlo que el tratamiento por el autor del señorío fundiario y las servidumbres campesinas, con Dios y el Derecho como gran telón de fondo. Y nada mejor tampoco que las propias palabras de Hohberg para retomar el tema de *Land und Herrschaft* y cerrar así la demostración de una tesis recurrente en la obra brunneriana, aquella de la continuidad esencial de la vieja Europa hasta el umbral mismo del siglo XVIII, su *inneres Gefüge*.

«Diejenigen Güter und Herrschaften sind glücklich, die mit vielen, benebens aber auch guten, getreuen und vermöglichen Untertanen, bevorab wenn sie wohl hausen, versehen sind. Die sollen aber auch christlich und billich gehalten, bei ihren Privilegien geschützt, in Gefährlichkeit gehandhabt, ihnen auf Begehren das Recht und Billigkeit erteilt und nichts wider den alten Gebrauch aufgebürdet werden. Das ist ein Herr vor Gott und der Welt schuldigs» (I, 174).

Tampoco aflora, emancipado del universo doméstico, un pensamiento económico conceptualmente articulado en torno al mercado, ni una teoría consecuente de la empresa y la rentabilidad agraria, una comprensión diáfana de los nexos internos del «circuito económico» (el gran descubrimiento de los fisiócratas), en especial los de campo-ciudad. Faltan asimismo los instrumentos de administración contable ad hoc (la moneda como unidad exclusiva de cuenta, la doble contabilidad en la teneduría de libros, una red institucionalizada de información comercial entre los agentes urbanos y el mundo rural). Brunner insiste aquí, una vez más, en las esenciales concordancias del siglo de Hohberg con la época álgida de la agricultura antigua, la helenístico-romana, en lo tocante a la inteligencia y conducción del hecho mercantil por la ideología del padre de la casa, en lo tocante también al desarrollo de una doctrina agronómica de tipo experimental pero ajena todavía a la racionalidad capitalista introducida por las futuras ciencias empresariales —incluso prácticamente ajena en el caso de nuestro biografiado a las importantes novedades aportadas a la Austria contemporánea por el mercantilismo de los Becher, Hörnigk y Schröder—. La sociología y la mentalidad de la vieja nobleza terrateniente explican, en toda su fijeza estructural, la adhesión inquebrantable de Hohberg al patrón secular de la *oikonomía*.

Por eso Hohberg representa el mundo del pasado que desaparece, mientras que los tres citados mercantilistas austriacos, hombres de administración y al servicio del absolutismo monárquico, anuncian el futuro inminente del

Estado moderno y la sociedad económica civil. Es la decadencia del mundo nobiliar y su sistema señorial, el último capítulo de la biografía: *Der Untergang der Adelswelt*.

Brunner entra ahora decididamente en la época contemporánea de la historia europea. Sigue en Austria los pasos legales y codificadores que van liquidando el antiguo régimen, hasta 1848, con las decisivas reformas emprendidas bajo los reinados de María Teresa (1740-1780) y su hijo José II (1765-1790). La invasión progresiva de la nueva administración pública estatal en el ámbito del gobierno feudal y la constitución territorial quedan perfectamente ilustradas en el campo de la fiscalidad, la justicia, el ejército y la policía. No menos reveladora es la reconversión de la antigua dieta territorial en cámara de representación clasista y la transformación de la nobleza en aristocracia económica. A la par que todo ello, la repercusión de la revolución industrial y de las ciencias biológicas en la explotación agropecuaria tiene su corolario social en la aparición del gran propietario (*Grossgrundbesitzer*), relevo burgués del señor de la tierra (*Grundherr*).

Es tiempo en toda Europa de revolución y de liquidaciones, tiempo de ideologías, que ahora hacen su entrada en el mercado libre del pensamiento y la confrontación política: liberales y conservadores, clásicos y románticos, centralistas y foralistas, iusnaturalistas doctrinarios y tradicionalistas, etc. El pasado no se acepta ya sin más ni más, ha dejado de ser el orden inmutable de otrora (Dios y el Derecho), por lo que se ha menester defenderlo o impugnarlo. Es tiempo por ello también de profundas subversiones éticas, en que la antigua virtud se ve reemplazada en el mercado de los valores por la sana ambición de riqueza y honores, como propugnaria Montesquieu; en que la concepción de biblioteca nobiliar ajustada a un patrón unitario en lo educativo y axiológico, un patrón veteroeuropeo, se abre a una nueva «literatura universal» (Goethe), para todos los tiempos y personas, esencialmente determinada por la idea de arte y genialidad (Homero). En ninguna otra parte se dulcifica y gradualiza tanto esta transición como en Inglaterra, país en el cual la nobleza consigue entre 1688 y 1832 aburguesarse económicamente sin renunciar por ello a sus privilegios políticos y a su estilo socialmente dominante de vida, el del *gentleman* de club, el de la equitación y los jardines cuidadosamente acotados frente al nuevo mundo industrial y proletario²³. Se intuye en esta digresión al *Randgebiet* británico lo que cualquier conocedor directo de la vida universitaria alemana de la postguerra y la actualidad puede apreciar si sabe abrir los ojos: el interés, trufado de admiración, por la vía anglosajona de la modernidad.

Son poco más que unas pinceladas generales, pero suficientemente expresivas y comprensivas como para recomendarlas al estudiante del periodo

²³ Qué sugestivas líneas éstas dedicadas al nuevo concepto de parque y que a uno tanto le evocan, en la filmografía de nuestro siglo, la película de Vittorio de Sica, *El jardín de los Finzi Contini*, con toda su problemática sociológica.

revolucionario en que entra Europa desde mediados del XVIII. Un broche necesario que cierra también aquí en sentido lógico toda la reconstrucción brunneriana de la vieja Europa. Contemplando las novedades y logros de la época contemporánea, siempre global y estructuralmente considerada, estamos en mejores condiciones de percibir la alteridad de los siglos anteriores, de evitar el riesgo de las proyecciones anacrónicas.

3. Neue Wege der Verfassungs- und Sozialgeschichte

Tres monografías de investigación, incluyendo su trabajo de habilitación (*Die Finanzen der Stadt Wien von den Anfängen bis ins 16. Jahrhundert*, 1929), marcan las etapas sucesivas por las que atraviesa la formación de Brunner como historiador. Es un aprendizaje que progresa, con gran coherencia y espíritu de sistema, desde lo particular a lo general, desde una aproximación al objeto de estudio archivísticamente limitada hasta una interpretación documental e historiológicamente ampliada: las finanzas de Viena, la constitución sociopolítica de Austria y la estructura interna de occidente. Con una franja de tiempo homogéneo y un espacio nuclear: de Carlomagno a la ilustración y del Loira al Rin. Y con un telón de fondo que, para esta perspectiva, no es ni mucho menos de cartón piedra: la antigüedad grecolatina. El investigador novel que se había iniciado como austero lector de fuentes de la administración urbana, no ha renunciado jamás a la concreción en el arranque y acotación de la indagación propuesta —en último lugar, las *Georgica curiosa* como fuente y asidero bien que positivos—, pero al mismo tiempo ha ido exhibiendo una voluntad cada vez más ambiciosa e interpretativa, cada vez más comprensiva. Ni que decir tiene que este camino hacia la cima, muy consonante con la *Bildung* alemana, comporta un elevado coste epistemológico, en aumento a medida que nuestro observador se aleja del punto de partida elegido, que no por casualidad se trata del más íntimamente conocido.

De alguna manera Brunner ha sentido la necesidad de justificar sus presupuestos metodológicos y hermenéuticos, de explayarse también en algunas de las tesis eje de su historiografía. En la compilación de artículos publicada en 1956 y reeditada con ampliaciones en 1968 se recogen precisiones actualizadas bibliográficamente a sus aportaciones anteriores, nuevas propuestas y aproximaciones, crítica de conceptos, definición y objetivos del quehacer historiador, notas de arqueología e historia del pensamiento europeo, en fin, un interesante arco de cuestiones que el austriaco llegaría a plantearse en la madurez de su carrera, eso sí, al hilo siempre de su propio quehacer investigador. Sin duda, pues, variaciones y entretenimientos sobre sus temas principales, que vienen a cubrir el período de 1949 a 1965, y en los que con más explicitud que otras veces nos habla el pensador, el teórico de las ciencias sociales ²⁴.

²⁴ La nómina de autores consultados y discutidos por Brunner en estos trabajos puede dar-

De los diecisiete trabajos aquí presentados me interesa entresacar, porque completan desarrollos previos e inciden directamente en la antigüedad grecorromana, un bloque de seis artículos consagrados a la historia de las estructuras sociales y políticas de occidente: *Das Problem einer europäischen Sozialgeschichte* (1954), *Das «ganze Haus» und die alteuropäische «Ökonomik»* (1958), *Europäisches Bauerntum* (1951), *Stadt und Bürgertum in der europäischen Geschichte* (1953), *Europäisches und russisches Bürgertum* (1954), *Hamburg und Wien: Versuch eines sozialgeschichtlichen Vergleichs* (1965). ¡Lástima que aún no haya la versión en español que estos artículos se merecen!

Es la temática, despiezada y detallada, del librito por el que di comienzo a este artículo, *Estructura interna de Occidente*: fuerza reactiva del elemento germánico, constitución agraria y sistema feudal, tipología comparada y fases de la ciudad y el comercio occidentales, irrepitibilidad del feudalismo europeo (frente a los así denominados de Japón, Rusia, mundo islámico o tar-doantiguo), coexistencia armónica de burguesía urbana y señorío territorial, burguesía urbana y estadios del desarrollo capitalista, en resumidas cuentas, disección de la nervadura institucional que ha hecho de la historia europea una trayectoria tan singular si la comparamos con los demás espacios de civilización: oriente, mundo grecorromano, el Islam, Bizancio, Rusia.

Al hilo, sobre todo, de sus reflexiones en torno al tráfico mercantil, a la organización urbana y al papel jugado por los nuevos sectores de artesanos y comerciantes desde el renacimiento del siglo xi, Brunner aborda el problema metodológico de cuáles son las condiciones epistemológicas para el estudio de la historia económica y social anterior al capitalismo y a la emergencia del Estado y el mercado. El problema que plantean en todo ese tiempo preindustrial la existencia incuestionable del comercio, en algunas ocasiones y áreas intensísimo, así como la pervivencia de la crematística junto a la *oikonomía*, está íntimamente relacionado con el interrogante anterior, y conduce directamente a Brunner al debate sobre la economía de la antigüedad.

Para empezar, me parece de justicia resaltar el hecho de que, ya en 1949 y en 1953, un historiador austriaco de la Europa medieval y moderna tuvo el acierto de enlazar sus trabajos con la línea entonces metodológicamente renovadora que, arrancando de Karl Bücher y Max Weber, llegaba hasta Jo-

nos una idea de la amplitud y riqueza de los mismos; de ella destacaría nombres como los de T. W. Adorno, H. Aubin, M. Bloch, F. Braudel, C. Brinkmann, K. Bücher, E. Cassirer, E. R. Curtius, P. Francastel, H. Freyer, J. Hasebroek, A. Heuss, F. Heichelheim, M. Horkheimer, J. Hui-zinga, K. Jaspers, K. Löwith, K. Mannheim, Th. Mayer, H. Pirenne, G. Ritter, M. I. Rostovtzeff, E. Salin, E. Topitsch, F. Tönnies, H. S. Mayne, O. Spengler, A. Toynbee, A. Weber, M. Weber. Parece que F. Braudel conoció a Brunner sólo a través de este libro último libro de compilación («Sur une conception de l'histoire sociale», *Annales* 14, 1959, 308-319), y a mi entender pocos testimonios historiográficos valen tanto como esta reseña —auténtico pronunciamiento oficial de la escuela de los Annales sobre la obra del austriaco— para evidenciar la penosa falta de inteligencia entre dos lenguajes y culturas. *Vid.* asimismo el punzante trabajo de A. Musi, «Fernand Braudel lettore di Otto Brunner», *Annali dell'Istituto storico italo-germanico in Trento* 13 (1987), 125-135.

hannes Hasebroek y defendía un nuevo modelo para la ciudad antigua. Lejos de ser a comienzos de los años cincuenta una posición firmemente establecida la que postulaba Hasebroek para la polis griega en cuanto «ciudad de consumidores», Edouard Will tendría que reivindicar aún en 1954 todo el valor del modelo propuesto, mientras que en 1957 Harry W. Pearson sería el primero en explicar la filiación genuinamente weberiana del mismo ²⁵.

Conviene, no obstante, subrayar el hecho de que Brunner, con muy buen tino para no ser especialista, desechó desde un principio el dogmatismo anti-histórico del esquema evolutivo bücheriano que colocaba básicamente al mundo antiguo a un nivel de economía doméstica (*Hauswirtschaft*), de que percibió asimismo el tono arcaizante de la visión hasebroekiana, y de que supo prestar oídos a los resultados de las investigaciones de Rostovtzeff, con todo lo que éstas indudablemente revelaban sobre el desarrollo mercantil e industrial de la época helenístico-romana. Brunner se dio perfecta cuenta de que la doctrina aristotélica expuesta en la *Política*, realizando la *oikonomía* y condenando la crematística, puede ser hoy un valioso documento para la historia del pensamiento político y moral de los griegos, pero «se encontraba ya en contradicción con la realidad de los tiempos en que fue formulada —el siglo IV— y en absoluto llegó a corresponder a las formas económicas altamente avanzadas de la antigüedad y de Europa a partir de la plena edad media» (p.303). Y es que nuestro autor, lo que me parece enormemente significativo, se declaraba ya entoces, en coherencia con sus propios presupuestos historiográficos, al margen de la polémica demasiado artificiosa entre primitivistas y modernistas. Tanto en *Adeliges Landleben* (1949) como en el citado artículo de 1953 vino claramente a decir que el debate se trataba en realidad de una falsa polémica. ¿En qué sentido?

Economía doméstica campesina (*Hauswirtschaft*) característica del mundo antiguo, con predominancia de la autarquía, y economía urbana (*Stadtwirtschaft*) propia del mundo medieval, con entrelazamiento mercantil campo-ciudad, estadios sucesivos que preceden a la economía nacional (*Volkswirtschaft*) del Estado moderno y a la economía mundial (*Weltwirtschaft*): ése era el esquema de evolución propuesto por los representantes de la escuela histórica de economía (Rodbertus, Bücher, List, Schmoller). El criterio de división que indicaba el paso de una época a otra venía dado por la mayor o menor incidencia del mercado en el circuito de la producción y el consumo. El debate estaba servido, y naturalmente las tesis de los primitivistas chocaron con los custodios del fuego sagrado de la antigüedad clásica, modelo civilizador también en el campo del urbanismo y el comercio (Meyer, Beloch, Pöhlmann, Blümner). Al positivismo modernista, en efecto, asis-

²⁵ Para un seguimiento del debate historiográfico sobre la índole de la economía antigua en las distintas naciones y escuelas europeas a partir de la fecha de publicación del fundamental artículo de ED. Will en la revista *Annales* (1954), ofrezco al lector una introducción bibliográfica en el *Apéndice Bibliográfico* inserto al final de estas notas.

tía la realidad irrecusable de los datos históricos conocidos, los que cada día brindaba con mayor abundancia la arqueología (en especial, la cerámica denunciadora de la intensidad de los tráficos), y ello explica a su vez el reto lanzado más tarde por Rostovtzeff a Hasebroek de llevar la polémica a la época del mayor auge mercantil en la Grecia antigua, la helenística ²⁶.

Brunner no opone ningún reparo al tipo ideal de «ciudad de consumidores» defendido por Weber (y Hasebroek) para el mundo grecorromano; sin aludir explícitamente a este término, aplica sin reservas la tipología weberiana en su estudio comparativo sobre la ciudad medieval europea y la ruso-bizantina: explica una alteridad en la relación campo-ciudad en términos estructurales, esto es, de constitución sociopolítica, y le parece un sistema clasificatorio consonante con su crítica historiográfica. Su artillería va dirigida contra otros flancos de la historia económica (y social), tal y como ésta ha venido siendo cultivada desde fines del siglo XIX, desde la aparición de la economía política y la sociología como disciplinas renovadoras de la historia erudita. Pues se presenta aquí el problema de que ambas ciencias, nacidas de las ruinas de la vieja *oikonomía* para dar cuenta de sendas realidades inéditas, el mercado y la sociedad civil, disponen consiguientemente de unos conceptos que no pueden ser transferidos sin más ni más a las culturas preindustriales. Como era de esperar, dicha artillería se carga en el arsenal de argumentos y conclusiones metodológicos brindados a su autor por *Land und Herrschaft*.

Equipados con las herramientas conceptuales de una teoría elaborada sobre el funcionamiento autónomo del mercado y la sociedad civil, los historiadores se lanzarían sin parar mientes en la historicidad de sus categorías a la exploración de las épocas precapitalistas. Y, según ya señalara Carl Brinkmann, el objetivo primordial en estos estudios iba a ser el desentrañar «la formación, las transformaciones y la eventual descomposición de la economía de mercado» (n. 54). Se buscaba describir la prehistoria del mundo industrial, y no por casualidad en clave evolutiva, como sucesión de *Wirtschaftsstufen* o *Wirtschaftsstile* (es el caso de los trabajos de A. Spiethoff). Claro es que ello comportaba no sólo establecer unos criterios de medición y progreso tomados de la economía política (mercado y moneda, capital usurario, producción industrial, capacidad de gestión empresarial, etc.), sino también, y lo que era más grave, conferir a la dimensión económica (o a la socioeconómica) de las civilizaciones anteriores a la revolución industrial el rango de esfera independiente y, por ende, susceptible de ser aprehendida e historizada en sí misma. Fue así como Fritz Heichelheim hizo del dinero y el capital el motivo-guía de su *Wirtschaftsgeschichte des Altertums*, el indicador del perfeccionamiento alcanzado por la estructura capitalista en Grecia y Roma (1938). Del mismo patrón historiográfico habían salido ya *Der Bourgeois* (1913) y

²⁶ *Zeitschr. f. Gesam. Staatswiss.* 92 (1932), 333-339, reseñando la segunda obra de Hasebroek, *Griechische Wirtschafts- und Gesellschaftsgeschichte*, Tübingen, 1931.

Der moderne Kapitalismus (1916), de W. Sombart, la *Wirtschaftsgeschichte* de M. Weber (1923) y Heinrich Sieveking (1935), o la *Naturalwirtschaft und Geldwirtschaft in der Weltgeschichte* (1930), de Alphons Dopsch ²⁷.

De manera más o menos explícita, todas estas obras asumían como axiomática la sustancialidad de las formas económicas, lo cual suponía admitir a su vez la incompatibilidad de las unas con las otras (o economía natural o economía monetaria, o autarquía o dependencia), la linealidad progresiva o regresiva del proceso en que se inserían, la marginalidad disfuncional de las tendencias burguesas y capitalistas detectables en las sociedades pasadas, y un cierto espíritu o estilo económico predominante en cada época, como si cada una de ellas estuviese regida en su vida material por un principio de determinación interna, que lógicamente ha venido siempre formulado en términos negativos o de insuficiencia: la idea de subsistencia inherente a las épocas pasadas por contraposición a la idea de empresa productiva del capitalismo en Sombart, la tradicionalidad del comportamiento económico antes de la racionalidad instaurada por el capitalismo en Weber, el colectivismo dirigista del Estado previo al triunfo de las tendencias individualistas en Heichelheim. Se reconocía la alteridad del pasado en lo socioeconómico —al fin y al cabo, estamos hablando de sociólogos y economistas que renovaron los estudios históricos anclados en un positivismo mucho más anacrónico— pero a la postre se seguía esclavo de las categorías del presente a la hora de efectuar los análisis y las valoraciones ²⁸.

Si hay algo que define a Brunner, ello es su pretensión de ser historiador, y de serlo hasta sus últimas consecuencias. Lo cual para él exige siempre describir el ayer reconstruyendo su estructura interna, constituyente, específica, y a fuer de coherencia, empleando un lenguaje al dictado de las fuentes (*quellenorientiert*). Para la antigüedad y para la Europa medieval y moderna esta tarea se le antoja una quimera si se parcela el territorio del historiador en campos cerrados y se pierde la visión del conjunto, a saber, lo que representa

²⁷ Una crítica de la idea evolucionista en cuanto modelo importado de la teología cristiana de la historia en Brunner, *Abendländisches Geschichtsdenken*, NW, 26 s., 39. Para situar historiográficamente los citados nombres de la escuela histórica alemana de economía, cfr. el buen análisis de M. Mazza, *Introduzione a F. Heichelheim, Storia economica del mondo antico*, Roma-Bari, 1979, p. v-lxxiii, y más en general A. Schumpeter, *op. cit.* (hay trad. esp.).

²⁸ Una reacción temprana y revolucionaria en el campo de estudio de la historia monetaria grecorromana fue protagonizada por Bernhard Laum, *Heiliges Geld. Eine historische Untersuchung über den sakralen Ursprung des Geldes*, Tübingen, 1924, desde una posición fecundamente interdisciplinar y contraria a las teorías evolutivas de la economía política, muy en la línea brunneriana de crítica al racionalismo liberal en el estudio de las formas precapitalistas, comenzando su indagación por los poemas homéricos y la Grecia arcaica (un libro por desdicha poco asumido, a veces citado de oídas entre los numismatas). Las directrices y repercusiones metodológicas fundamentales del estudio de Laum en la historiografía francesa —como tantas veces, vía Estrasburgo— son bien visibles en el justamente famoso artículo de Edouard Will, «De l'aspect éthique des origines grecques de la monnaie», *RH* 212 (1954), 209-231 (y también *id.*, «Réflexions et hypothèses sur les origines du monnayage», *RN* 17 (1955), 5-23).

su constitución sociopolítica inextricable. Hacer aquí la historia de lo económico y de lo social supone desnaturalizar las cosas, detraerlas de un contexto que les da un sentido para encajarlas en unos modelos heurísticos que les dan una nueva consistencia (en muchos autores casi el ser prenuncio y prehistoria dramática, tantas veces abortada, del mundo capitalista: la peregrina cuestión, por ejemplo, de por qué el mundo antiguo fue incapaz de alumbrar el capitalismo se me antoja aquí perfectamente elocuente). Como el austriaco escribe, «la historia económica presupone el concepto moderno de economía y el de una sociedad de cambio, separada del Estado y contrapuesta a él; presupone por consiguiente los conceptos de la moderna ciencia económica» (NW, p. 121).

Porque, a su juicio, en la trayectoria de la civilización occidental, al menos desde el mundo grecorromano en adelante, nunca ha habido tal sucesión, ni siquiera tal cerrada contraposición, de fases o formas económicas teórica y «científicamente» concebidas, sino una más inextricable complejidad y correlación dialéctica (el comercio ha funcionado muchas veces sin moneda, la autarquía plena a un determinado nivel de desarrollo cultural se revela cada vez más como una entelequia, y el *oikos* con pretensiones de autosuficiencia no ha despreciado nunca la posibilidad de entrar en el circuito comercial y lucrarse, según hoy está arqueológicamente comprobado y ya Catón previó para la villa romana especializada en el monocultivo de la vid y el olivo). Porque tal marginalidad supuestamente antinómica y disfuncional de lo burgués-mercantil no ha existido en la realidad de los hechos (razonable compatibilidad del llamado primer capitalismo, el comercial y financiero, y de su burguesía urbana con el mundo feudal, del que no cabe estructuralmente disociarlo; y qué decir, por nuestra parte, de la implicación del capital ciudadano ateniense del siglo IV en el mundo del *emporion* y la *trapeza*)²⁹. Porque ese rótulo del «espíritu económico» que se coloca a cada época define a *contrario*, tiende a hablar del pasado en términos negativos: a denunciar sus carencias, a minimizar o como mucho a tildar de marginales sus progresos, a enfatizar sus diferencias con el mundo moderno (irracionalidad, tradicionalidad, mero sentido común, empirismo precientífico), todo lo cual, amén de evidenciar una cierta incapacidad para explicar positivamente los principios de vertebración interna de ese pasado, conlleva el serio peligro de falsear la perspectiva y entregarnos una imagen sesgada, y por lo general excesivamente primitiva³⁰.

²⁹ Cfr. J. K. Davies, *Athenian Propertied Families 600-300 B. C.*, Oxford, 1971, 31, 60 s.; J. Velissaropoulos, «Le monde de l'emporion», *DHA* 3 (1977), 68-9; C. M. Reed, *Maritime Traders in the Greek World of the Archaic and Classical Periods*, Diss. Oxford, 1980, 42 s., 59. De opinión contraria, P. Meillet, «Maritime Loans and the Structure of Credit in Fourth-Century Athens», en P. Garnsey, K. Hopkins, D. Whittaker (ed.), *Trade in the Ancient Economy*, London 1983, 51-52, cuyas conclusiones no me parecen vinculantes.

³⁰ Brunner, NW, 124, n. 66, cita la crítica efectuada por A. Rüstow, *Rev. fac. scien. éconóm. d. l'univer. d'Istanbul* 2 (1941), 150, a la aplicación por Heichelheim de la doctrina de los esta-

Si se me permitiese emplear una distinción cara a los juristas, yo diría que en la concepción brunneriana de la historia antigua y veteroeuropea la dimensión económica de la vida humana tiene un valor adjetivo, no sustantivo. A fuerza de centrar nuestra mirada en lo primero, acabamos por otorgarle una procesualidad autónoma y hasta dominante (el caso del economicismo marxista), y olvidamos los verdaderos ejes de articulación constitucional, los que de verdad marcan la divisoria con el mundo industrial. Por atenernos al ordenamiento sociopolítico medieval, seguiremos aferrados a las categorías de «economía» y «sociedad», olvidando que «señorío» (*Herrschaft*) y «conso-ciación» (*Genossenschaft*) son aquí los dos ejes fundamentales de vertebración. O por retrotraernos a la casa durante la antigüedad, la definiremos parcialmente, en su momento negativo, como célula de producción y consumo cerrada en sí misma (tal es el modelo del *oikos* acuñado por la sociología desde Rodbertus y Bücher), y olvidaremos que la autarquía no es el principio aglutinante y dador de sentido a la institución, que dicho principio forma parte de una totalidad compleja articulada por el principio meta o extraeconómico de la autogénesis religioso-parental y fundiario-militar (patriarcal-protectora), como en cierto modo viera ya Fustel de Coulanges, y que, por más que la *oikonomía* aspire a un ideal de autosuficiencia (especialmente en

dios económicos de A. Spiethoff. En el campo de la historia de Grecia es de destacar la muy correcta percepción de las debilidades metodológicas en el modelo evolutivo del historiador alemán por M. Mazza, *loc. cit.*, pero sobre todo, y ya antes por G. Vallet (*vid. nota siguiente*), del que recojo estos párrafos: «Sous l'influence des critiques que suscitait sa position, l'école historique —se entiendo, de economía y sociología— fit réflexion sur ses principes. Spiethoff proposa une *Théorie générale de l'économie nationale considérée comme théorie historique* (1932). Il substituait la notion de *style* à celle d'*époque* économique, regardant un style comme le résultat de la convergence d'intentions et d'actions chargées d'un sens humain. De son côté, Max Weber avait tenté de montrer comment l'esprit d'une religion par exemple informe le comportement économique d'une société et avait voulu en particulier interpréter les conditions historiques d'un comportement économiquement rationnel; sous cette double influence, Heichelheim ne conçoit plus l'histoire économique de l'antiquité comme la succession automatique d'époques déterminées par des mécanismes techniques ni comme la projection dans le passé des formes de vies modernes, mais comme la recherche des styles économiques auxquels a donné naissance l'esprit des civilisations d'autrefois. Cette interprétation générale n'apparaît pas dans l'article que nous avons cité («Die Ausbreitung der Münzgeldwirtschaft und der Wirtschaftsstil im archaischen Griechenland», *Schmollers Jhb.* 55, 1931, 37-62), mais dans la grande synthèse d'Heichelheim. Il y montre comment, pendant l'époque protohistorique et historique, deux grandes formes de civilisations s'opposent: l'une, «collectiviste», suppose de vastes empires, et implique une main-mise de l'Etat sur la vie économique; l'autre est de tendance «libérale» en ce sens que l'état ne dirige pas les actions *économiques* des individus et elle s'accommode mieux de petites cités indépendantes. L'apparition du fer aurait été, selon Heichelheim, l'un des éléments désorganisateur des grands systèmes économiques de l'âge du bronze. La première renaissance qui la suivit se serait traduite par la mise en valeur du sol occupé au moyen de petites économies à peu près fermées sur elles-mêmes (première époque archaïque). A plus lointaine échéance, la désorganisation même qui avait libéré l'individu de la contrainte économique de l'Etat aurait permis le développement d'une économie de marché (deuxième période archaïque). Toute l'histoire économique de l'Occident résulterait du conflit de ces deux forces toujours aux prises, le dirigisme et la liberté économique, le socialisme et l'individualisme».

su formulación más doctrinaria, que es la de los filósofos), no ha rehuído nunca, desde Hesíodo (*Op.*, 620 s.) hasta Varrón (*De re r.* I, 16, 3), cuanta simbiosis lucrativa le ha sido posible con el exterior —lo que no comporta, huelga recordarlo, la asunción profesional de la práctica mercantil (Hes., *Op.*, 680 s.), que es ello ya afán de la crematística.

Pero, si el pensamiento crematístico ha existido, si la economía de tráfico ha conocido periodos de verdadera intensidad, y si la esfera de la *oikonomía* ha podido derivar hacia un saber agronómico de apreciable nivel técnico orientado a la simbiosis de la producción doméstica con el exterior, ¿qué ha impedido el nacimiento del mercado como «subsistema diferenciado de la sociedad» (Talcott Parsons) y, con él, de la economía política como ciencia?. Por llevar nosotros la pregunta a la historia de la antigua Grecia, ¿qué impidió el triunfo del «mundo del *emporion*» y la constitución sociopolítica de la polis en consonancia con los intereses de los productores, de artesanos y comerciantes? ¿Por qué no se llegó a este cambio en el siglo IV o en época helénica? ¿No se ha señalado más de una vez por parte de los historiadores de la economía que era técnicamente —esto es, desde su punto de vista, «económicamente»— posible el advenimiento del capitalismo en la antigüedad? Con la obra de Brunner en la mano debemos responder que la pregunta peca de retórica, además de equívoca, toda vez que su misma formulación oculta un vicio de óptica, una grave incompreensión de la alteridad constitutiva en épocas precapitalistas ³¹.

³¹ Me resulta muy grato en este contexto hacer justicia a dos penetrantes notas historiográficas insertas en el libro de Georges Vallet, *Rhégion et Zancle. Histoire, commerce et civilisation des cités chalcidiennes du détroit de Messine*, Paris, 1958, 199-200, n. 2 y 202-203, n. 2, de cuyo olvido quiero rescatar con la continuación de la cita ya iniciada (*supra* nota 30): «Le mot de capitalisme a été utilisé abusivement et dans des sens très différents par les historiens qui l'ont appliqué à l'économie antique. Les économistes «classiques» A. Smith et Ricardo, de même que les économistes marxistes, ont défini le capitalisme en fonction des classes sociales dont il assure la rétribution. Pour les premiers, travailleurs, industriels et propriétaires fonciers se disputent l'accroissement de leur part respective dans la distribution: salaires, profits et rentes foncières. Cette dispute exige le libre contrat par lequel s'échangent, sur un marché de concurrence supposé parfait et pur, les services, les capitaux et la terre... En affirmant que tout profit est dû à l'exploitation du travailleur, Marx considère la rente foncière comme un cas dérivé du profit. Il réduit donc à deux le nombre des classes fondamentales: capitalistes et prolétaires. Mais les hypothèses juridiques qui, d'après lui, rendent possible le capitalisme sont toujours les mêmes: formation d'un marché dû à l'universalisation du droit de propriété, vente libre de la force du travail due à la prolétarianisation d'un certain nombre d'individus. Il se trouve que beaucoup d'économistes modernes ont cru devoir insister ultérieurement sur les aspects *techniques* du capitalisme (division sociale du travail entre villes et campagnes, production de série en ateliers, existence du crédit et plus généralement du capital financier), négligeant souvent ainsi les fondements *sociaux* du capitalisme qu'avaient mis en évidence les «classiques» et les marxistes. Cette insistance et cette négligence expliquent sans doute que des historiens aient cru pouvoir retrouver le capitalisme à l'oeuvre dans l'antiquité et pendant le Moyen Age, malgré l'existence, ici du servage et des corporations, là de l'esclavage (que a juicio de Finley, *AE*, 2.^a ed., 1985, 179-180, sin embargo, no sería obstáculo para la aparición del capitalismo: Estados sureños). De là sont nées les fausses querelles de l'histoire économique de l'antiquité et du Moyen Age.

Ya en 1949 tenía escrito el austriaco que si la *oikonomía* como saber pudo mantenerse incontestada durante dos milenios fue porque «la estructura básica nobiliar-campesina perdura inmutable, lo mismo se trate de la nobleza urbana de la polis antigua o de las comunas italianas —se sobreentiende aquí nobleza propietaria de tierras creadora de ciudades de consumidores— que de una nobleza feudal en la Europa medieval y moderna afincada en el campo. No olvidemos que el estrato animador de la vida campesina constituía el 90% o más de la población, que ya sólo por ello la economía familiar de conducción patriarcal, con su fusión de lo doméstico y lo empresarial, encarna un prototipo de la «casa», de la «economía» en sentido campesino, y que a ello pertenecen las capas política e intelectualmente dominantes del mundo nobiliar. La habitual contraposición que se hace entre feudalismo y burguesía es del todo equívoca. Como tal responde a la situación del siglo XIX, cuando al mundo nobiliar en decadencia se contraponen en el Estado moderno la esfera de lo civil-burgués, de la burguesía como estrato dominante del mundo industrial, del capitalismo avanzado. La vieja burguesía ciudadana pertenece en sus estratos superiores al mundo nobiliar. También las amplias masas del artesanado urbano viven todavía bajo el signo de la unidad doméstico-empresarial, en una estructura social no discordante en principio con la del campesinado» (AL, p.304).

Son éstas palabras inéditas que, sin negar la diferenciación que siempre haya podido haber entre *oikonomía* y crematística, nos revelan la estructura profunda en que ambas se insertan y adquieren funciones complementarias. Con lo cual ni la una ni la otra esfera aparecen como exponentes de sendos e irreconciliables pensamientos económicos destinados algún día a sucederse según el aludido esquema evolucionista (esquema que no se me escapa en buena medida tributario de un sistema filosófico que, partiendo de la idea hegeliana del desarrollo tético y antitético del Espíritu absoluto, se reifica con la «inversión» marxista en la teoría del materialismo dialéctico y del modo de producción, destinado a ser superado en el estadio sucesivo por las fuerzas en conflicto que coexisten en él, idea posteriormente matizada por el concepto de «formación social»). Frente al primitivismo que inevitablemente planea en todos los herederos intelectuales de la escuela histórica de economía —pues alteridad acaba siendo para ellos prehistoria defectiva—, Brunner da plena cabida en su paradigma historiográfico al funcionamiento del mercado como momento adjetivo, pero muy vivaz, en la estructura global a la que está sometido.

Creo yo que el austriaco nos abre así una vía por la que salir de ciertas

Selon que le critère qu'on adopte est emprunté à l'étude du fonctionnement *social et juridique* du système ou à la description simplement *technique* de ses manifestations, on dira que l'économie antique a ignoré ou connu le capitalisme. Si l'histoire doit tendre à expliquer les phénomènes et non pas seulement les décrire, on préférera le critère social au critère technique, on niera donc l'existence d'un capitalisme antique» (cursiva mía).

aporías, o si se quiere, por la que soltar cierto lastre, que nos ha dejado como penosa herencia la índole maniquea del debate entre primitivistas y modernistas, y ello pese a que muchos lo consideren a estas alturas totalmente superado ³². Me refiero en concreto al que se ha señalado como *tendón de Aquiles* del modelo a mi juicio más serio que se ha propuesto para explicar la «economía» de la antigüedad: el de minusvalorar y mostrarse incapaz de dar la ubicación funcional que se merece al fenómeno incuestionablemente importantísimo del comercio y del negocio en Grecia y Roma, así en la generación de la riqueza como en la activación de la movilidad social, desde los comienzos mismos del arcaísmo helénico hasta como mínimo la crisis del siglo III. Modelo que, no hace falta decirlo, ha encontrado su más inteligente formulación en el libro de Moses I. Finley, *The Ancient Economy* (1.^a ed. 1973, 2.^a ed. 1984).

Apéndice bibliográfico: La economía de la Antigüedad, historiografía de un debate (1954-1992)

Para empezar, en Francia, debe tenerse en cuenta el pronunciamiento de L. GERNET, «Comment caractériser l'économie de la Grèce antique?», *Annales* (1933), 561-566. ED. WILL, «Trois quarts de siècle de recherches sur l'économie grecque antique», *Annales* 9 (1954), 7-22; H. W. PEARSON, «The Secular Debate on Economic Primitivism», en K. Polanyi, C. Arensberg, *Id.* (ed.), *Trade and Market in the Early Empires*, New York, 1957, 3-11 (*vid.* asimismo la *Présentation* de M. Godelier a la trad. fr. de esta obra, París, 1975; hay trad. esp.); G. VALLET, *Rhégion et Zancle*, París, 1958, 199 s.; M. I. FINLEY, «Preface y Classical Greece», *id.* (ed.), *Commerce et politique dans l'antiquité*, Aix-en-Provence (1962), 1965, 9, 11 s. (con las reseñas de STE. CROIX, *JHS* 87, 1967, 179-80, y PH. GAUTHIER, *RPh*, 41, 1967, 144-51); A. HEUSS, «Max Webers Bedeutung für die Geschichte des griechisch-römischen Altertums», *HZ* 201 (1965), 529-556; P. VIDAL-NAQUET, «Economie et société dans la Grèce ancienne: l'oeuvre de Moses I. Finley», *Arch.europ.sociol.* 6 (1965), 111-148; E. LEPORE, «Economia antica e storiografia moderna (Appunti per un bilancio di generazioni)», en L. Rosa (ed.), *Ricerche storiche ed economiche in memoria di Corrado Barbagallo*, vol. I, Naples, 1970, 3-33; H. W. PLEKET, «Economic History of the Ancient World», *Akten d.VI.int.Kong.Epigr.*, München, 1973, 243-257; AA.VV., «Dibattito sull'edizione italiana della Storia economica del mondo antico di F. Heichelheim», *DArch* 7 (1973), 294-363; Y. GARLAN, «L'oeuvre de Polanyi: la place de l'économie dans les sociétés anciennes», *La Pensée* 171 (1973), 1311-19.

³² Como propuesta metodológica que intenta hacer superflua la controversia entre primitivismo y modernismo cfr. D. Musti, *L'economia in Grecia*, Bari, 1981 (reed. 1987), 3 s., que juega con una nueva pareja de herramientas analíticas para definir el ritmo de la economía griega: *tesaurizzazione-scambio*.

M. I. FINLEY, *The Ancient Economy*, Berkeley, 1973 (2.^a ed. 1985), esp. chap. I, V, VI, VII (hay trad. esp.); M. W. FREDERIKSEN, «Theory, evidence and the ancient economy», *JRS* 65 (1975), 164-171; M. M. AUSTIN y P. VIDAL-NAQUET, *Economic and Social History of Ancient Greece: An Introduction*, London, 1977, 3 s.; J. ANDREAU, «M. I. Finley, la banque antique et l'économie moderne», *ASNP* VII3 (1977) 1129-1152; J. H. D'ARMS, «M. I. Rostovtzeff and M. I. Finley: The Status of Traders in the Roman World», en *Ancient and Modern: Essays in Honor of G. E. Else*, Ann Arbor, 1977, 159-79; A. MOMIGLIANO, *Max Weber and Eduard Meyer. Apropos of city and country in Antiquity* (1977) y *Dopo Max Weber?* (1978), reed. *Sesto Contibruto*, Roma, 1980, 285-293 y 295-312; H. P. KOHNS, *GGA* 230 (1978), 120-32 (reseña del libro de Finley, 1973); S. HUMPHREYS, *Anthropology and the Greeks*, London, 1978, 31 s., 136 s.; S. T. LOWRY, «Recent literature on ancient Greek economic thought», *Jour. Econ. Lit.* 17 (1979), 65-86; M. DE SANCTIS, «M. I. Finley. Note per una biografia intellettuale», *QS* 10 (1979), 3-37; A. CARANDINI, *L'anatomia della scimmia*, Turin, 1979, 209 s.; J. ANDREAU, *Echanges antiques et modernes (Du présent faisons table rase?)*, Les temps modernes, sept. 1980, 413-428; D. MUSTI, *L'economia in Grecia*, Bari, 1981 (reed. 1987), 3 s.; E. NARDUCCI, «Max Weber fra antichità e mondo moderno», *QS* 14 (1981), 31-77; C. MOSSÉ, «Moses Finley ou l'histoire ancienne au présent», *Annales* 37 (1982), 997-1003; W. NIPPEL, «Die Heimkehr der Argonauten aus der Südsee: ökonomische Anthropologie und die Theorie der griechischen Gesellschaft in klassischer Zeit», *Chiron* 12 (1982), 1 s.; K. HOPKINS, «Introduction», P. CARTLEDGE, «Trade and Politics revisited: Archaic Greece», y H. W. PLEKET, «Urban Elites and Business in the Greek Part of the Roman Empire», en P. Garnsey, K. Hopkins, D. Whittaker (ed.), *Trade in the Ancient Economy*, London, 1983, p. IX s., 1 s. y 131 s.; PH. LEVEAU, «La ville antique, «ville de consommation»?», *Et. Rur.* 1983, 275-289; B. BRAVO, «Commerce et noblesse en Grèce archaïque. A propos d'un livre d'Alfonso Mele», *DHA* 10 (1984), 136 s.; A. MELE, «Pirateria, commercio e aristocrazia: replica a Benedetto Bravo», *DHA* 12 (1986), 94-95.

J. ANDREAU, R. ETIENNE, «Vingt ans de recherches sur l'archaïsme et la modernité des sociétés antiques», *REA* 86 (1984), 55-83; P. SPAHN, «Die Anfänge der antiken Ökonomik», *Chiron* 14 (1984), 301 s.; M. GODELIER, «La politique comme rapport de production. Dialogue avec Edouard Will», en *id.*, *L'idéal et le matériel*, Paris, 1984, 269-291 (hay trad. esp.); M. I. FINLEY, *Ancient History. Evidence and Models*, London, 1985, 88 s. (hay trad. esp.); L. NEESEN, «Die griechische Polis: nur ein Import- und Konsumzentrum?», *MBAH* 4 (1985), 49-64; H. BRUHNS, «De Werner Sombart à Max Weber et Moses I. Finley: la typologie de la ville antique et la question de la ville de consommation», en PH. LEVEAU (ed.), *L'origine des richesses dépensées dans la ville antique*, Aix-en-Provence, 1985, 255-273; J. LOVE, «The character of the Roman agricultural state in the light of Max Weber's economic sociology», *Chiron* 16 (1986), 99 s.; V. ALONSO TRONCOSO, «Moses I. Finley (1912-

1986)», *Eclás* 92 (1987), 75-88; J. ANDREAU, «M. Rostovtzeff et le «capitalisme» antique vu de Russie», *Pallas* 33 (1987), 7-17; D. PLACIDO, «Sir Moses I. Finley», *Gerión* 5 (1987), 369-375; L. COPOGROSSI, «M. Weber e la storia antica», en *Estudios de derecho romano en honor de Alvaro D'Ors*, I, Pamplona, 1987, 345-360; C. NICOLET, *Rendre à César. Economie et société dans la Rome antique*, París, 1988, 13 s.; G. PEREIRA, «From slavery-research to political economy», en *Mélanges P. Lévêque*, vol. I, París, 1989, pp. 307-314, e *id.*, «Max Weber y la economía romana. Sus límites. Para una economía política de los romanos», en *Homenaje a M. Vigil*, Salamanca, 1989, 145-168; L. COPOGROSSI, «Max Weber e i limiti della società antica», en *Mélanges P. Lévêque*, vol. III, París, 1989, 53-65; «La cité antique? A partir de l'oeuvre de Moses I. Finley (Parigi, 22-24 settembre 1988)», *Opus* 7-8 (1991); J. R. LOVE, *Antiquity and Capitalism. Max Weber and the sociological foundations of Roman civilization*, 1991; HANS KLOFT, *Die Wirtschaft der griechisch-römischen Welt. Eine Einführung*, Darmstadt, 1992, 1 s., 98 s., 253 s; ED. WILL, «Weberiana», *Topoi* 3.1 (1993), 23-38.

Los textos iniciales de la polémica han sido compilados por M. I. FINLEY (ed.), *The Bücher-Meyer Controversy*, New York, 1979, y los términos de la polémica con anterioridad a 1954 están muy bien condensados por F. OERTELEN su amplio *Anhang* a la 3.^a ed. de R. VON PÖHLMANN, *Geschichte der sozialen Frage und des Sozialismus in der antiken Welt* (München, 1925), 511 s.

(Retomo en este apéndice buena parte de los materiales empleados para una conferencia pronunciada en la Casa de Velázquez, con el mismo título que el del encabezamiento, el 2 de junio de 1987).